

# Profesión de fe del vicario saboyano

Extraído de [Emilio, o de la educación](#)  
de Jean-Jacques Rousseau

## PROFESSION DE FOI DU VICAIRE SAVOYARD

J.J Rousseau

In [l'Emile, ou de l'éducation](#),

§943-1098 (GF : pages 345 à 409)

Hijo mío, no esperéis de mí ni palabras sabias ni profundos razonamientos. No soy un gran filósofo, y me preocupo poco de serlo. Pero a veces tengo sentido común y siempre amo la verdad. No quiero argumentar con vos, ni tratar de convenceros; me basta con exponeros lo que pienso en la simplicidad de corazón. Consultad el vuestro durante mi discurso; es cuanto os pido. Si me engaño, es de buena fe; esto basta para que no me sea imputado mi error como crimen; y aunque de la misma forma os engañarais, poco mal habría en ello; si estoy en lo cierto, la razón nos es común, y ambos tenemos el mismo interés en escucharla; ¿por qué no habíais de pensar como yo?

Nací pobre y campesino, destinado por mi estado a cultivar la tierra; pero creyeron que era más hermoso que aprendiera a ganar mi pan en el oficio de sacerdote, y hallaron el medio de hacerme estudiar. A buen seguro, ni mis padres ni yo pretendíamos buscar con ello lo que fuera bueno, verdadero y útil, sino lo que había que saber para poder ser ordenado. Aprendí lo que se quería que aprendiese, dije lo que se quería que dijese; di mi palabra como quisieron y fui hecho sacerdote. Pero no tardé en sentir que, al obligarme a no ser hombre, había prometido más de lo que podía cumplir.

Se nos dice que la conciencia es el fruto de los prejuicios; sin embargo sé por experiencia propia que se obstina en seguir el orden de la naturaleza contra todas las leyes de los hombres. Por más que se nos prohíba esto o lo otro, el remordimiento siempre nos reprocha débilmente lo que la naturaleza bien ordenada nos permite, con mayor razón lo que nos prescribe. ¡Oh, buen joven, aún no ha dicho ella nada a vuestros sentidos!, vivid mucho tiempo en el estado feliz en que su voz es la de la inocencia. Recordad que se la ofende más aún cuando se la previene que cuando se la combate; hay que comenzar por aprender a resistir para saber cuándo se puede ceder sin crimen<sup>1</sup>.

A pie de página, notas del traductor.

Al final, notas del autor [A]

Desde mi juventud he respetado el matrimonio como la primera y más santa institución de la naturaleza. Habiéndome privado del derecho de someterme a él resolví no profanarlo; porque a pesar de mis clases y mis estudios, por haber llevado siempre una vida uniforme y sencilla había conservado en mi espíritu toda la claridad de las luces

---

<sup>1</sup> Con el *se* [on] impersonal, repetido constantemente en estos dos párrafos, Rousseau designa a la sociedad, y de modo más concreto a la Iglesia Católica como corruptora sin nombre.

primitivas; no las habían oscurecido las máximas del mundo y mi pobreza me alejaba de las tentaciones que dictan los sofismas del vicio.

Fue precisamente esa resolución lo que me perdió; mi respeto por la cama ajena dejó mis faltas al descubierto. Hubo que expiar el escándalo; detenido, anatematizado, expulsado, fui víctima más de mis escrúpulos que de mi incontinencia, y tuve ocasión de comprender, por los reproches que acompañaron mi desgracia, que con frecuencia basta con agravar la falta para escapar al castigo.

Unas pocas experiencias semejantes llevan lejos a un espíritu reflexivo. Viendo, por tristes observaciones, invertirse las ideas que yo tenía de lo justo, de la honestidad y de todos los deberes del hombre, todos los días perdía alguna de las opiniones que había recibido; no bastando las que me quedaban para formar, juntas, un cuerpo que pudiera sostenerse por sí mismo, sentí poco a poco oscurecerse en mi espíritu la evidencia de los principios y, reducido finalmente a no saber otra cosa que pensar, llegué al mismo punto en que vos estáis, con una diferencia: que mi incredulidad, fruto tardío de una edad más madura, se había formado con mayor esfuerzo y debía ser más difícil de destruir.

Me hallaba en esas disposiciones de incertidumbre y de duda que Descartes exige para la búsqueda de la verdad. Ese estado no está hecho para durar mucho, es inquietante y penoso, sólo el interés del vicio o la pereza del alma nos deja en él. Yo no tenía el corazón lo bastante corrompido para complacerme en semejante situación, y no hay nada que conserve mejor el hábito de reflexionar que vivir más satisfecho de uno mismo que de su fortuna.

Meditaba, pues, sobre la triste suerte de los mortales, flotando sobre ese mar de opiniones humanas sin gobernalle, sin brújula, y entregado a sus tormentosas pasiones, sin más guía que un piloto inexperienced que desconocía la ruta y que no sabe ni de dónde viene ni a dónde va. Me decía: amo la verdad, la busco, y no puedo reconocerla; que me la muestren y permaneceré atado a ella: ¿por qué ha de esconderse a la solicitud de un corazón hecho para adorarla?

Aunque con frecuencia haya soportado males mayores, nunca he llevado una vida tan constantemente desagradable como en esos tiempos de turbación y de ansiedades, en los que, errando sin cesar de duda en duda, de mis largas meditaciones no sacaba más que incertidumbre, oscuridad, contradicciones sobre la causa de mi ser y sobre la regla de mis deberes.

¿Cómo se puede ser escéptico por sistema y de buena fe? No podría comprenderlo. Esos filósofos, o no existen, o son los más desdichados de los hombres. La duda sobre las cosas que nos importa conocer es un estado demasiado violento para el espíritu humano; no resiste ahí mucho tiempo, se decide, a pesar suyo, de una manera o de otra, y antes prefiere equivocarse que no creer nada.

Lo que duplicaba mi apuro era que, habiendo nacido en una Iglesia que decide todo<sup>2</sup>, que no permite duda alguna, un solo punto rechazado me hacía rechazar todo lo demás, y que la imposibilidad de admitir tantas decisiones absurdas me separaba también de las que no lo eran. Al decirme: creed todo, se me impedía creer en nada, y ya no sabía dónde detenerme.

Consulté a los filósofos, hojeé sus libros, examiné sus diversas opiniones. Los encontré a todos orgullosos, aseverativos, dogmáticos, incluso en su pretendido escepticismo, sin ignorar nada, sin probar nada, burlándose unos de otros, y este punto, común a todos,

---

<sup>2</sup> Alusión a la Iglesia Católica, a la que Julia, en la *Nouvelle Héloïse*, opone «la comunicación protestante que extrae su única regla de la Escritura Sagrada y de la razón».

me pareció el único en que todos tienen razón. Triunfantes cuando atacan, carecen de vigor al defenderse. Si sopesáis las razones, sólo las tienen para destruirse; si contáis los votos, cada cual queda reducido al suyo; sólo se ponen de acuerdo para discutir. Escucharlos no era el medio de salir de mi incertidumbre<sup>3</sup>.

Pensé que la insuficiencia del espíritu humano es la causa primera de esta prodigiosa diversidad de sentimientos, y el orgullo la segunda. Nosotros no tenemos las medidas de esta máquina inmensa, no podemos calcular sus relaciones; no conocemos ni las primeras leyes ni la causa final; nos ignoramos a nosotros mismos; no conocemos ni nuestra naturaleza ni nuestro principio activo; apenas sabemos si el hombre es un ser simple o compuesto; misterios impenetrables nos rodean por todas partes; están por encima de la región sensible; para penetrarlos creemos poseer inteligencia, y no poseemos más que imaginación. A través de ese mundo imaginario, cada uno se abre una ruta que cree la buena; nadie puede saber si la suya lleva al final. Sin embargo, queremos penetrar todo, conocer todo. Lo único que no sabemos es ignorar lo que podemos saber. Antes preferimos decidimos al azar y creer lo que no es que confesar que alguno de nosotros pueda ver lo que es. Pequeña parte de un gran todo cuyos límites se nos escapan y que su autor entrega a nuestras locas disputas, somos lo bastante vanos para querer decir lo que es ese todo en sí mismo, y lo que nosotros somos en relación a él.

Aun cuando los filósofos estuvieran en situación de descubrir la verdad, ¿quién de ellos se interesaría por ella? Todos saben de sobra que su sistema no está mejor fundado que los otros; pero lo sostienen porque es suyo. No hay uno solo que, llegando a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que ha encontrado a la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que, para gloria suya, no engañaría de buen grado al género humano? ¿Dónde está aquel que en el secreto de su corazón se proponga una meta distinta que distinguirse? Con tal que se eleve por encima del vulgo, con tal que borre el brillo de sus competidores, ¿qué más pide? Lo esencial es pensar de forma distinta a los otros. Entre los creyentes es ateo, entre los ateos sería creyente.

El primer fruto que saqué de estas reflexiones fue aprender a limitar mis búsquedas a lo que me interesaba de una forma inmediata, a apoyarme en una profunda ignorancia sobre todo lo demás, y a no inquietarme hasta la duda sino por las cosas que me importaba saber.

Todavía comprendí que lejos de librarme de mis dudas inútiles, los filósofos no harían sino multiplicar las que me atormentaban y no resolverían ninguna. Tomé pues otro guía, y me dije: consultemos la luz interior, ella me extraviaría menos de lo que me extraviaban ellos, o al menos mi error será mío, y me depravaré menos siguiendo mis propias ilusiones que entregándome a sus mentiras.

Repasando entonces en mi espíritu las diversas opiniones que sucesivamente me habían atraído desde mi nacimiento, vi que, aunque ninguna de ellas fuera lo bastante evidente para producir de forma inmediata la convicción, tenían diversos grados de

---

<sup>3</sup> Me entregué al trabajo que había emprendido con un celo proporcionado tanto a la importancia del tema como a la necesidad que sentía tener de él. Vivía entonces con unos filósofos modernos que apenas se parecían a los antiguos. En lugar de despejar mis dudas y de fijar mis irresoluciones, habían hecho vacilar todas las certezas que creía tener sobre los puntos que más me importaba conocer porque, ardientes misioneros de ateísmo y dogmáticos muy imperiosos no sobrellevaban sin cólera que sobre cualquier punto se osara pensar de forma distinta que ellos» (Ensoñaciones, ed. cit, pag. 53-54). La misma diatriba contra los filósofos modernos aparece en el Prefacio del Narcisse, donde da los nombres de otros antiguos, Leucipo, Diógenes, Pirrón, Protágoras, Lucrecio, Hobbes, Mandeville, «y mil otros» como autores de sistemas absurdos (O.C., Pléaide, D, págs. 965-966).

verosimilitud, y que el asentimiento interno las admitía o rechazaba en distinta medida. Tras esta primera observación, comparando entre sí todas estas ideas diferentes en medio del silencio de los prejuicios, encontré que la primera y más común era también la más simple y más razonable, y que, para reunir todos los sufragios, sólo le faltaba haber sido propuesta la última. Imaginaos que todos vuestros filósofos antiguos y modernos han agotado, primero, sus extravagantes sistemas de fuerzas, de posibilidades, de fatalidad, de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente, de materialismo de toda especie, y tras todos ellos al ilustre Clarke<sup>4</sup> esclareciendo al mundo, anunciando finalmente al Ser de los seres y al dispensador de las cosas. ¡Con qué universal admiración, con qué aplauso unánime no se hubiera recibido este nuevo sistema, tan grande, tan consolador, tan sublime, tan apropiado para elevar el alma, y dar una base a la virtud, y al mismo tiempo tan sorprendente, tan luminoso, tan simple y, en mi opinión, el que ofrece al espíritu humano menos cosas incomprensibles de cuantas él encuentra absurdas en cualquier otro sistema! Yo me decía: las objeciones insolubles son comunes a todos, porque el espíritu del hombre es demasiado limitado para resolverlas; no son prueba, pues, contra ninguno en particular; pero ¡qué diferencia hay entre las pruebas directas! ¿No debe ser preferido el único que lo explica todo cuando no presenta más dificultades que los otros?<sup>5</sup>.

Llevando, pues, en mí el amor a la verdad por toda filosofía, y por todo método una regla fácil y simple que me dispensa de la vana sutileza de los argumentos, reanudo por esta regla el examen de los conocimientos que me interesan, resuelto a admitir por evidentes todos aquellos a los que, en la sinceridad de mi corazón, no pueda rehusar mi consentimiento, por verdaderos todos aquellos que me parezcan tener una relación necesaria con esos primeros, y a dejar todos los demás en la incertidumbre, sin rechazarlos ni admitirlos, y sin atormentarme esclareciéndolos cuando no lleven a nada útil para la práctica.

Pero ¿quién soy yo? ¿Qué derecho tengo a juzgar las cosas, y qué es lo que determina mis juicios? Si son arrastrados, forzados por las impresiones que recibo, en vano me fatigo en estas búsquedas, no se harán, o se harán por sí mismas sin que yo me meta a dirigir las. Por tanto debo volver primero mis miradas sobre mí para conocer el instrumento de que quiero servirme, y saber hasta qué punto puedo fiarme de su uso.

Yo existo y tengo sentidos por los que soy afectado. He ahí la primera verdad que me sorprende y a la que me veo obligado a asentir. ¿Tengo un sentimiento propio de mi existencia, o sólo la siento por mis sensaciones? He ahí mi primera duda, que por ahora me resulta imposible de resolver. Porque, afectado continuamente por sensaciones, bien de modo inmediato, bien por la memoria, ¿cómo puedo saber si el sentimiento del yo es algo al margen de esas mismas sensaciones, y si puede ser independiente de ellas?

Mis sensaciones ocurren en mí, puesto que me hacen sentir mi existencia, mas su causa me es ajena, puesto que me afectan a pesar de que yo las posea, y no depende de mí ni producirlas ni aniquilarlas. Con toda claridad concibo que mi sensación que está en mí, y su causa o su objeto que está fuera de mí, no son lo mismo.

---

<sup>4</sup>Samuel Clarke, predicador anglicano (1675-1729), que mantuvo una célebre correspondencia con Leibniz, había publicado un volumen de sermones (1705), *De la existencia y de los atributos de Dios, de los deberes de la religión natural y de la verdad de la religión cristiana*. Ahí expresó su teoría de la causa primera, un Dios dispensador de cosas.

<sup>5</sup>Algunas alusiones del presente párrafo son oscuras. Con los ‘átomos’, Rousseau apunta a Leucipo y Demócrito; con la ‘materia viviente’, a Locke.

Así, no sólo existo yo, sino que existen otros seres, a saber, los objetos de mis sensaciones, y aun cuando esos objetos no fueran más que ideas, sigue siendo cierto que esas ideas no son yo.

Ahora bien, a todo lo que siento fuera de mí y que actúa sobre mis sentidos, lo llamo materia, y a todas las porciones de materia que concibo reunidas en seres individuales, las llamo cuerpo. De este modo todas las disputas de los idealistas y de los materialistas nada significan para mí. Sus distinciones sobre la apariencia y la realidad de los cuerpos son quimeras.

Heme aquí ya completamente seguro de la existencia del universo tanto como de la mía. A continuación reflexiono sobre los objetos de mis sensaciones, y, hallando en mí la facultad de compararlos, me siento dotado de una fuerza viva que no sabía que tuviera antes.

Percibir es sentir; comparar es juzgar; juzgar y sentir son lo mismo. Por la sensación, los objetos se ofrecen a mí separados, aislados, tal cual son en la naturaleza; por la comparación los remuevo, los transporto, por así decir, pongo uno sobre otro para sentenciar sobre su diferencia o sobre su similitud, y generalmente sobre todas sus relaciones. En mi opinión, la facultad distintiva del ser activo o inteligente es poder dar un sentido a la palabra es. En vano busco en el ser puramente sensitivo esa fuerza inteligente que superpone y que luego sentencia: no podría verla en su naturaleza. Ese ser pasivo sentirá cada objeto por separado, o incluso sentirá el objeto total formado por los dos, pero como carece de fuerza para replegar al uno sobre el otro, no los comparará jamás, no los juzgará.

Ver dos objetos a la vez no es ver sus relaciones, ni juzgar sobre sus diferencias; percibir varios objetos unos fuera de otros no es enumerarlos. En el mismo instante puedo tener la idea de un palo grande y de un palo pequeño<sup>6</sup> sin compararlos, sin juzgar que uno es más pequeño que el otro, lo mismo que puedo ver a la vez mi mano entera sin contrar mis dedos <sup>[A]</sup>. Estas ideas comparativas, mayor, menor, igual que las ideas numéricas de uno, de dos, etc., no son desde luego, sensaciones, aunque mi espíritu las produzca únicamente con ocasión de mis sensaciones.

Se nos dice que el ser sensitivo distingue unas sensaciones de otras por las diferencias que entre sí tienen esas mismas sensaciones: esto requiere explicación. Cuando las sensaciones son diferentes, el ser sensitivo las distingue por sus diferencias; cuando son semejantes, las distingue porque siente una fuera de las otras. De otro modo, ¿cómo distinguiría dos objetos iguales en una sensación simultánea? Sería totalmente necesario que confundiera éstos dos objetos y los tomara por el mismo, sobre todo en un sistema en el que se pretende que las sensaciones representativas de la extensión no son extensas.

Cuando las dos sensaciones a comparar son percibidas, su impresión está hecha, cada objeto es sentido, los dos son sentidos, pero no por ello es sentida su relación. Si el juicio de esa relación no fuera más que una sensación y me viniera únicamente del objeto, mis juicios no me engañarían jamás, puesto que nunca es falso que yo sienta lo que siento.

¿Por qué, pues, me equivoco sobre la relación de esos dos palos, sobre todo si no son paralelos? ¿Por qué digo yo, por ejemplo, que el palo pequeño es la tercera parte del

---

<sup>6</sup> El ejemplo del palo demuestra que Rousseau tiene a la vista el artículo «Evidence» de la *Encyclopédie*, (t. VI, pag. 148): «*Es pues evidente que son las sensaciones mismas las que producen los juicios*». A este anónimo autor (aunque la tradición otorga su paternidad a Quesnay) se alude con el impersonal que domina el párrafo siguiente.

grande, cuando sólo es su cuarta parte? ¿Por qué la imagen que es la sensación no está conforme con su modelo que es el objeto? Porque soy activo cuando juzgo, porque la operación que comparo es falible, y porque mi entendimiento, que juzga relaciones, mezcla sus errores a la verdad de las sensaciones que sólo muestran los objetos.

Añadid a esto una reflexión que estoy seguro que ha de sorprenderos cuando hayáis pensado en ella: es que, si fuéramos puramente pasivos en el uso de nuestros sentidos, no habría entre ellos comunicación alguna; nos sería imposible conocer que el cuerpo que tocamos y el objeto que vemos son el mismo. O nunca sentiríamos nada fuera de nosotros, o habría, para nosotros, cinco substancias sensibles, cuya identidad no podríamos percibir por ningún medio.

Que se dé tal o cual nombre a esa fuerza de mi espíritu que relaciona y compara mis sensaciones; llámenla atención, meditación, reflexión o como se quiera; lo cierto es que está en mí y no en las cosas, que soy sólo yo quien la produce, aunque sólo produzca con ocasión de la impresión que sobre mí causan los objetos. Sin ser dueño de sentir o no sentir, lo soy de examinar más o menos lo que siento.

No soy, pues, simplemente un ser sensitivo y pasivo, sino un ser activo e inteligente, y diga lo que quiera la filosofía, me atreveré a pretender el honor de pensar. Sólo sé que la verdad está en las cosas y no en mi espíritu que las juzga, y que cuanto menos de lo mío ponga en los juicios que sobre ellas hago, más seguro estaré de acercarme a la verdad; de esté modo mi norma de entregarme al sentimiento más que a la razón queda confirmada por la razón misma.

Una vez seguro, por así decir, de mí mismo, empiezo a mirar fuera de mí y me considéro, con una especie de estremecimiento, arrojado, perdido en ese vasto universo, y como ahogado en la inmensidad de los seres, sin saber nada de lo que son, ni entre sí, ni en relación conmigo. Los estudio, los observo, y el primer objeto que se presenta a mí para compararlos, soy yo mismo.

Cuanto percibo por los sentidos es materia, y deduzco todas las propiedades esenciales de la materia de las cualidades sensibles que me la hacen percibir, y que le son inseparables.

La veo unas veces en movimiento y otras en reposo <sup>[B]</sup> de donde infiero que ni el reposo ni el movimiento le son esenciales; pero por ser una acción, el movimiento es el efecto de una causa, de la que el reposo es sólo la ausencia. Así pues, cuando nada actúa sobre la materia, no se mueve, y, por lo mismo que es indiferente al reposo y al movimiento, su estado natural es estar en reposo.

Percibo en los cuerpos dos clases de movimiento, a saber, movimiento comunicado y movimiento espontáneo o voluntario. En el primero, la causa motriz es ajena al cuerpo movido, y en el segundo está en él mismo: no concluiré de ahí que el movimiento de un reloj, por ejemplo, sea espontáneo; porque si nada ajeno al muelle actuara sobre él, no tendería a enderezarse ni estiraría la cadena. Por la misma razón, tampoco otorgaré espontaneidad a los fluidos, ni al fuego mismo que hace su fluidez <sup>[C]</sup><sup>7</sup>.

Me preguntaréis si los movimientos de los animales son espontáneos; os diré que nada sé sobre ello, pero que la analogía está por la afirmativa. Me preguntaréis aún cómo sé que hay movimientos espontáneos; os diré que lo sé porque lo siento. Quiero mover mi

---

<sup>7</sup> El interés de Rousseau por la química [págs. 240-242] queda patente en unas *Institutions chimiques*, que escribió (véase nuestra nota a la nota n.º 15 de Rousseau): Uno de los temas más discutidos en ese momento fue la naturaleza del fuego, preguntándose si era elemento, mixto, o movimiento.

brazo y lo nuevo, sin que ese movimiento tenga otra causa inmediata que mi voluntad. En vano se argumentaría para destruir en mí ese sentimiento; es más fuerte que cualquier evidencia; sería lo mismo que probarme que no existo.

Si no hubiera ninguna espontaneidad en las acciones de los hombres, ni en nada de lo que sobre la tierra se hace, no habría apuro ninguno para imaginar la primera causa de todo movimiento. En cuanto a mí, me siento tan persuadido de que el estado natural de la materia es estar en reposo, y que por sí misma no tiene ninguna fuerza para obrar, que, al ver un cuerpo en movimiento, al punto juzgo o que es un cuerpo animado, o que ese movimiento le ha sido comunicado. Mi mente rehúsa toda aquiescencia a la idea de la materia no organizada moviéndose por sí misma ó produciendo alguna acción.

Sin embargo, este universo visible es materia, materia dispersa y muerta <sup>[D]</sup>, que no tiene en su todo unión, organización, sentimiento común de las partes de un cuerpo animado, puesto que es seguro que nosotros, que somos partes, no nos sentimos en modo alguno en el todo. Este mismo universo está en movimiento, y en sus movimientos regulados, uniformes, sometidos a leyes constantes, nada tiene de esa libertad que aparece en los movimientos espontáneos del hombre y de los animales. El mundo no es, por tanto, un gran animal que se mueve por sí mismo; existe alguna causa de sus movimientos extraña a él, que yo no percibo; pero la persuasión interior me hace tan sensible esa causa que no puedo ver girar el sol sin imaginar una fuerza que lo empuja, o, si la tierra gira, creo sentir una mano que la hace girar.

Si hay que admitir leyes generales cuyas relaciones esenciales con la materia no percibo, ¿qué he adelantado? Como esas leyes no son seres reales, substancias, tienen algún otro fundamento que me resulta desconocido. La experiencia y la observación nos han hecho conocer las leyes del movimiento; esas leyes determinan los efectos sin mostrar las causas; no bastan para explicar el sistema del mundo y la marcha del universo. Con unos dados Descartes formaba el cielo y la tierra, pero no pudo dar el primer impulso a esos dados, ni poner en juego su fuerza centrífuga sino con la ayuda de un movimiento de rotación<sup>8</sup>. Newton halló la ley de la atracción; pero la atracción sola reduciría pronto el universo a una masa inmóvil; a esa ley hubo que añadirle una fuerza proyectil<sup>9</sup> para hacer describir curvas a los cuerpos celestes. Que Descartes nos diga qué ley física ha hecho girar sus torbellinos<sup>10</sup>, que Newton nos muestre la mano que lanzó los planetas sobre la tangente de sus órbitas.

Las primeras causas del movimiento no están en la materia; ésta recibe el movimiento y lo comunica, pero no lo produce. Cuanto más observo la acción y reacción de las fuerzas de la naturaleza actuando unas sobre otras, más me parece que, de efectos en efectos, siempre hay que remontarse a alguna voluntad como primera causa, porque suponer un progreso de causas hasta el infinito es no suponer nada de nada. En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro sólo puede venir de un acto espontáneo, voluntario; los cuerpos inanimados sólo actúan por el movimiento, y no hay verdadera acción sin voluntad. He ahí mi primer principio. Creo, pues, que una voluntad

---

<sup>8</sup> Voltaire acuñó la expresión *dados* para designar las divisiones ínfimas de la materia en Descartes (*Principes de la philosophie*, III, 46). Rousseau ya había tocado este punto cartesiano en el *Discurso sobre las ciencias y las artes* (ed. cit, nota 6, pág. 298): «¿No construyó Descartes el universo con cubos y torbellinos?».

<sup>9</sup> *Fuerza proyectil*: fuerza que proyecta, la fuerza centrífuga por oposición a la gravedad; parece que es en este texto donde esa expresión aparece por vez primera.

<sup>10</sup> Con el término de *torbellinos* conocían los cartesianos la revolución de un astro en su centro, y el movimiento supuesto de la materia en torno a ese astro.

mueve el universo y anima la naturaleza. He ahí mi primer dogma, o mi primer artículo de fe.

¿Cómo produce una voluntad una acción física y corporal? No sé nada al respecto, pero siento en mí que la produce. Quiero actuar, y actúo; quiero mover mi cuerpo, y mi cuerpo se mueve; pero que un cuerpo inanimado y en reposo llegue a moverse por sí mismo o produzca el movimiento, eso es incomprensible y sin ejemplo. La voluntad me es conocida por sus actos, no por su naturaleza. Conozco esa voluntad como causa motriz, pero concebir la materia productora del movimiento es a todas luces concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.

Me resulta tan imposible concebir cómo mi voluntad mueve mi cuerpo como concebir la forma en que mis sensaciones afectan a mi alma. No sé siquiera por qué uno de esos misterios ha parecido más explicable que el otro. En cuanto a mí, sea cuando soy pasivo, sea cuando soy activo, el medio de unión de las dos sustancias me parece absolutamente incomprensible. Es muy extraño que se parta de esta incomprensibilidad misma para confundir las dos sustancias, como si operaciones de naturalezas tan diferentes se explicaran mejor en un solo sujeto que en dos.

El dogma que acabo de establecer es oscuro, cierto, pero en última instancia ofrece un sentido y no tiene nada que repugne a la razón, ni a la observación; ¿puede decirse otro tanto del materialismo? ¿No está claro que si el movimiento fuera esencial a la materia sería inseparable de ella, y estaría en ella siempre en igual grado?; ¿que, siempre el mismo en cada porción de materia, sería incomunicable, no podría ni aumentar ni disminuir, e incluso no se podría concebir la materia en reposo? Cuando me dicen que el movimiento no le es esencial, sino necesario, se me quiere engañar con palabras que serían más fáciles de refutar si tuvieran un poco más de sentido. Porque, o el movimiento de la materia le viene de ella misma, y entonces le es esencial, o si le viene de una causa ajena, no es necesario a la materia sino en cuanto la causa motriz actúa sobre ella: y volvemos a la primera dificultad.

Las ideas generales y abstractas son la fuente de los mayores errores de los hombres; la jerga de la metafísica nunca ha hecho descubrir una sola verdad y ha llenado la filosofía de absurdidades que dan vergüenza tan pronto como las despojamos de sus grandes palabras. Decidme, amigo mío, si cuando os hablan de una fuerza ciega difundida en toda la naturaleza, se aporta alguna idea verdadera a vuestro espíritu. Creen decir algo con esas palabras vagas de fuerza universal, movimiento necesario, y no se dice nada de nada. La idea del movimiento no es otra cosa que la idea del transporte de un lugar a otro, no hay movimiento sin cierta dirección, porque un ser individual no podría moverse a la vez en todos los sentidos. ¿En qué sentido se mueve, pues, necesariamente la materia? ¿Tiene toda la materia en bloque un movimiento uniforme, o cada átomo posee su movimiento propio? Según la primera idea, el universo entero debe formar una masa sólida e indivisible; según la segunda, no debe formar más que un fluido disperso e incoherente sin que jamás sea posible que dos átomos se reúnan. ¿En qué dirección se hará ese movimiento común de toda la materia? ¿Será en línea recta, hacia arriba, hacia abajo, a derecha o a izquierda? Si cada molécula de materia tiene su dirección particular, ¿cuáles serán las causas de todas esas direcciones y de todas esas diferencias? Si cada átomo o molécula de materia no hiciera más que girar sobre su propio centro, jamás saldría nada de su sitio, y no habría movimiento comunicado; aún así sería preciso que ese movimiento circular fuera determinado en algún sentido. Dar a la materia el movimiento por abstracción, es decir palabras que nada significan, y darle un movimiento determinado, es suponer una causa que lo determina. Cuanto más multiplico las fuerzas particulares, más causas nuevas tengo que explicar, sin hallar

nunca ningún agente común que las dirija. Lejos de poder imaginar algún orden en la concurrencia fortuita de los elementos, no puedo siquiera imaginar el combate, y el caos del universo me' resulta más inconcebible que su armonía. Comprendo que el mecanismo del mundo pueda no ser inteligible al espíritu humano, pero tan pronto como un hombre se meta a explicarlo, debe decir cosas que los hombres entiendan.

Si la materia movida me muestra una voluntad, la materia movida según ciertas leyes me muestra una inteligencia: es mi segundo artículo de fe. Obrar, comparar, escoger son las operaciones de un ser activo y pensante. Por tanto ese ser existe. ¿Vais a decirme que dónde lo veo existir? No sólo en los cielos que giran, en el astro que nos ilumina; no sólo en mí mismo, en la oveja que padece, en el pájaro que vuela, en la piedra que cae, en la hoja que el viento arrastra.

Juzgo sobre el orden del mundo, aunque ignoro su fin, porque para juzgar sobre ese orden me basta comparar las partes entre sí, estudiar sus concurrencias, sus relaciones, observar su concierto. Ignoro por qué existe el universo, pero no dejo de ver cómo es modificado, no dejo de percibir la íntima correspondencia por la que los seres que lo componen se prestan ayuda mutua. Soy como un hombre que viera por primera vez un reloj abierto y que no dejara de admirar la obra, aunque no conozca el uso de la máquina y no haya visto la esfera. No sé, diría él, para qué sirve el conjunto, pero veo que cada pieza está hecha para las demás, admiro al obrero en el detalle de su obra, y estoy completamente seguro de que todos estos engranajes sólo marchan así de concierto para un fin común que me resulta imposible percibir<sup>11</sup>.

Comparemos los fines particulares, los medios, las relaciones ordenadas de toda especie, escuchemos luego el sentimiento interior; ¿qué espíritu sano puede negarse a su testimonio? ¿A qué ojos no prevenidos no anuncia el orden sensible del universo una suprema inteligencia? ¿Y cuántos sofismas no hay que acumular para desconocer la armonía de los seres y el admirable concurso de cada pieza a la conservación de los demás? Que me digan lo que quieren de combinaciones y de posibilidades; ¿de qué os sirve reducirme a silencio si no podéis inducirme a persuasión? ¿Y cómo me privaréis del sentimiento involuntario que os desmiente siempre a pesar mío? Si los cuerpos organizados se han combinado fortuitamente de mil maneras antes de adoptar unas formas constantes, si se han formado primero estómagos sin bocas, pies sin cabezas, manos sin brazos, órganos imperfectos de toda especie que han perecido por no poder conservarse, ¿por qué ninguno de esos informes ensayos sorprende ya nuestras miradas? ¿Por qué en última instancia la naturaleza se ha prescrito las leyes a las que desde el principio no estaba sometida? No debo sorprenderme de que una cosa llegue cuando es posible, ni de que la dificultad del suceso quede compensada por la cantidad de intentos, lo admito. Sin embargo, si vinieran a decirme que unos caracteres de imprenta lanzados al azar han dado la Eneida completamente ordenada, no me dignaría dar un paso para ir a verificar la mentira. Olvidáis, se me dirá, la cantidad de intentos. Pero, ¿cuántos de esos intentos debo suponer para hacer verosímil la combinación? En cuanto a mí, que no veo más que uno, apuesto el infinito contra uno a que su producto no es efecto del azar. Añadid que combinaciones y posibilidades jamás darán sino productos de igual naturaleza que los elementos combinados, que la organización y la vida no resultarán de un lanzamiento a voleo de átomos, y que un químico combinando mixtos<sup>12</sup> nunca los hará sentir y pensar en su crisol [E].

---

<sup>11</sup> En el *Discours de la méthode*, Descartes construye la imagen del reloj, que Rousseau ya ha citado en páginas anteriores. Fue Voltaire quien la popularizó en un dístico célebre de sus *Cabales* (1772).

<sup>12</sup> Véase la nota 15 de este mismo libro IV, y el comentario a pie de página.

He leído a Nieuventit con sorpresa, y casi con escándalo. ¿Cómo ha podido ese hombre querer hacer un libro de las maravillas de la naturaleza que demuestran la sabiduría de su autor? Aunque su libro fuera tan grueso como el mundo, no habría agotado su tema, y tan pronto como se quiera entrar en detalles, la mayor maravilla, que es la armonía y el acuerdo de todo, escapa. La sola generación de los cuerpos vivientes y organizados es el abismo del espíritu humano; la barrera insuperable que la naturaleza ha puesto entre las diversas especies, a fin de que no se confundan, muestra sus intenciones con la mayor evidencia. No se contentó con establecer el orden; tomó medidas seguras para que nada pudiese perturbarlo<sup>13</sup>.

No hay ningún ser en el universo al que en cierto aspecto no pueda mirarse como el centro común de todos los demás, a cuyo alrededor están todos ordenados, de suerte que todos son recíprocamente fines y medios en relación unos con otros. El espíritu se confunde y se pierde en esta infinidad de relaciones, de ninguna de las cuales se confunde ni pierde en la multitud.

¡Cuántas absurdas suposiciones para deducir toda esta armonía del ciego mecanismo de la materia fortuitamente movida! Por más que quienes niegan la unidad de intención que se manifiesta en las relaciones de todas las partes de ese gran todo, cubran sus galimatías con abstracciones, con coordinaciones, con principios generales, con términos emblemáticos, hagan lo que hagan me resulta imposible concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados, si no concibo una inteligencia que lo ordena. No depende de mí creer que la materia pasiva y muerta ha podido producir seres inteligentes, que lo que no piensa ha podido producir seres pensantes.

Creo, pues, que el mundo está gobernado por una voluntad poderosa y sabia; lo veo, o mejor dicho lo siento, y me importa saberlo: pero este mismo mundo, ¿es eterno o creado? ¿Hay un principio único de las cosas? ¿Hay dos o varios? ¿Y cuál es su naturaleza? De ello nada sé, y ¿qué me importa? A medida que esos conocimientos se me vuelven interesantes, me esforzaré por adquirirlos; hasta entonces renuncio a cuestiones ociosas que pueden inquietar mi amor propio, pero que son inútiles para mi conducta y superiores a mi razón.

Recordad siempre que yo no enseño mi sentir, que lo expongo. Que la materia sea eterna o creada, que haya un principio pasivo o que no lo haya, lo cierto es que el todo es uno, y anuncia una inteligencia única; porque no veo nada que no esté ordenado en el mismo sistema, y que no concurra al mismo fin, a saber, la conservación de todo en el orden establecido. A este ser que quiere y que puede, a este ser activo por sí mismo, a este ser, en fin, cualquiera que sea, que mueve el universo y ordena todas las cosas, yo lo llamo Dios. Uno a este nombre las ideas de inteligencia, de poder, de voluntad que he reunido y la de bondad que es su consecuencia necesaria; pero no por ello conozco mejor al ser al que se lo he dado; se esconde igualmente a mis sentidos y a mi entendimiento; cuanto más pienso en él, más me confundo: sé con toda seguridad que existe, y que existe por sí mismo; sé que mi existencia está subordinada a la suya, y que todas las cosas que me son conocidas están absolutamente en el mismo caso. Percibo a Dios por todas partes en sus obras; lo siento en mí, lo veo a mi alrededor, pero tan pronto como quiero contemplarlo en sí mismo, tan pronto como quiero buscar dónde está, qué es, cuál sea su substancia, se me escapa, y mi espíritu turbado ya no percibe nada.

---

<sup>13</sup> Aunque Voltaire había calificado al médico holandés Nieuwentyt (1654-1718) de «charlatán impertinente», su libro *La existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza* (1715) había obtenido gran éxito; Rousseau había leído la versión francesa, hecha en 1725, y recomendaba su lectura.

Convencido de mi insuficiencia, nunca razonaré sobre la naturaleza de Dios hasta que no me vea forzado a ello por el sentimiento de sus relaciones conmigo. Esos razonamientos son siempre temerarios, un hombre prudente no debe entregarse a ellos sino temblando, y seguro de que no está hecho para profundizarlos: porque lo más injurioso para la divinidad no es no pensar en ella, sino pensar mal de ella.

Después de haber descubierto aquellos tributos suyos por los que yo conozco su existencia, vuelvo a mí, y busco qué rango ocupo en el orden de las cosas que ella gobierna y que yo puedo examinar. Me encuentro de modo irrefutable en el primero por mi especie: porque, por mi voluntad y por los instrumentos que están en mi poder para ejecutarla, tengo para actuar sobre todos los cuerpos que me rodean, o para prestarme u ocultarme como me plazca a su acción, más fuerza de la que cualquiera de ellos tiene para obrar sobre mí contra mi voluntad por el solo impulso físico; y, por mi inteligencia, soy el único que tiene inspección sobre el conjunto. Salvo el hombre, ¿qué ser aquí abajo sabe observar a todos los demás, medir, calcular, prever sus movimientos, sus efectos, y unir, por así decir, el sentimiento de la existencia común al de su existencia individual? ¿Qué hay de ridículo en pensar que todo está hecho para mí, si soy el único que sabe referir todo a él?

Es pues verdad que el hombre es el rey de la tierra que habita, porque no solamente domina a todos los animales, no sólo dispone de los elementos por su industria, sino que es el único en la tierra que sabe disponer de ellos, y se apropia, además, por la contemplación, de los astros mismos, a los que no puede acercarse. ¡Que me muestren otro animal sobre la tierra que sepa hacer uso del fuego, y que sepa admirar al sol! ¡Cómo! Puedo observar, conocer los seres y sus relaciones, puedo sentir lo que es orden, belleza, virtud, puedo contemplar el universo, elevarme hasta la mano que lo gobierna, puedo amar el bien, hacerlo, ¿y he de compararme con las bestias? Alma abyecta, es tu triste filosofía lo que te hace semejante a ellas; o mejor dicho, en vano quieres envilecerte; tu genio depone contra tus principios, tu corazón bienhechor desmiente tu doctrina, y el abuso mismo de tus facultades prueba su excelencia a despecho tuyo.

En cuanto a mí, que no tengo sistema que sostener, hombre simple y verdadero al que no arrastra la furia de ningún partido, y que no aspira al honor de ser jefe de secta, contento con el lugar en que Dios me ha puesto, después de él nada veo mejor que mi especie, y si yo tuviera que escoger mi lugar en el orden de los seres, ¿qué podría escoger más que ser hombre?

Esta reflexión me enorgullece menos de lo que me conmueve; porque ese estado no es elección mía ni era debido al mérito de un ser que aún no existía. ¿Puedo verme distinguido así sin felicitarme por ocupar este puesto honorable y sin bendecir la mano que en él me ha puesto? De mi primer retorno a mí nace en mi corazón un sentimiento de gratitud y de bendición hacia el autor de mi especie, y de ese sentimiento mi primer homenaje a la Divinidad bienhechora. Adoro el poder supremo y me enternezco con sus beneficios. No necesito que me enseñen ese culto, me lo dicta la naturaleza misma. ¿No es una consecuencia natural del amor de sí honrar lo que nos protege, y amar lo que quiere el bien para nosotros?

Pero, cuando para conocer luego mi lugar individual dentro de mi especie, considero sus diversos rangos y los hombres que los ocupan, ¿en qué me convierto? ¡Qué espectáculo! ¿Dónde está el orden que yo había observado? ¡El cuadro de la naturaleza no me ofrecía sino armonía y proporciones, el del género humano no me ofrece sino confusión y desorden! ¡El concierto reina entre los elementos, y los hombres están en el caos! ¡Los animales son felices, sólo su rey es miserable! Oh, sabiduría, ¿dónde están tus leyes? Oh

Providencia, ¿así es como riges el mundo? Ser bienhechor, ¿qué se ha hecho de tu poder? Veo el mal sobre la tierra.

¿Podríaís creer, amigo mío, que de estas tristes reflexiones y de estas contradicciones aparentes se formaron en mi espíritu las sublimes ideas del alma que hasta entonces no habían resultado de mis búsquedas? Al meditar sobre la naturaleza del hombre creí descubrir en ella dos principios distintos, uno de los cuales la elevaba al estudio de las verdades eternas, al amor por la justicia y la belleza moral, a las regiones del mundo intelectual cuya contemplación hace las delicias del sabio, mientras que el otro la llevaba al rebajamiento de sí mismo, la sometía al imperio de los sentidos, a las pasiones que son sus ministros y contrariaba con ellas todo lo que le inspiraba el sentimiento del primero. Sintíéndome arrastrado, combatido por esos dos movimientos contrarios, me decía: no, el hombre no es uno; quiero y no quiero, me siento a la vez esclavo y libre; veo el bien, lo amo, y hago el mal; soy activo cuando escucho la razón, pasivo cuando mis pasiones me arrastran, y mi peor tormento cuando sucumbo es comprender que pude resistir.

Joven, escuchad con confianza, siempre conservaré la buena fe. Si la conciencia es obra de los prejuicios, me equivoco, sin duda, y no hay moral demostrada; mas si preferirse a todo es una inclinación natural del hombre, y si no obstante el primer sentimiento de la justicia es innato en el corazón humano, que quien hace del hombre un ser simple elimine estas contradicciones, y entonces no reconoceré más que una substancia.

Observaréis que por esta palabra de substancia entiendo, en general, el ser dotado de alguna cualidad primitiva, abstracción hecha de todas las modificaciones particulares o secundarias. Por tanto, si todas las cualidades primitivas que conocemos pueden reunirse en un mismo ser, no debe admitirse más que una substancia, pero, si las hay que se excluyen mutuamente, hay tantas substancias diversas como exclusiones semejantes pueden hacerse. Vos reflexionaréis sobre esto; diga Locke lo que quiera, yo sólo necesito conocer la materia como extensa y divisible para estar seguro de que no puede pensar, y si viene un filósofo diciéndome que los árboles sienten y que las rocas piensan <sup>[F]</sup>, por más que me ponga en apuros con sus sutiles argumentos, no podré ver en él más que un sofista de mala fe, que antes prefiere otorgar sentimiento a las piedras que conceder un alma al hombre.

Supongamos un sordo que niega la existencia de los sonidos porque nunca afectaron a su oído. Pongo ante sus ojos un instrumento de cuerda cuyo unísono hago sonar mediante otro instrumento oculto: el sordo ve vibrar la cuerda; le digo: es el sonido el que hace esto. No es así, me responde él; la causa de la vibración de la cuerda está en ella misma; es una cualidad común a todos los cuerpos vibrar así. Mostradme, pues, continuo yo, esa vibración en los demás cuerpos, o al menos su causa en esta cuerda. No puedo, replica el sordo; pero por no concebir como vibra esa cuerda, ¿debo explicar eso por vuestros sonidos de los que no tengo la menor idea? Es explicar un hecho oscuro por una causa más oscura todavía. O me volvéis sensibles vuestros sonidos, o digo que no existen<sup>14</sup>.

Cuanto más reflexiono sobre el pensamiento y sobre la naturaleza del espíritu humano, más creo que el razonamiento de los materialistas se parece al de ese sordo. En efecto, son sordos a la voz interior que les grita en un tono difícil de desconocer: una máquina no piensa, no hay movimiento ni figura que produzca la reflexión. Algo en ti trata de romper las ataduras que lo comprimen. El espacio no es tu medida, el universo entero

---

<sup>14</sup> La imagen del sordo está sacado del *Tratado de la existencia de los atributos de Dios* de Clarke. En el *Dictionnaire de musique*, de Rousseau, artículo *Unisson*, aparece la experiencia de las cuerdas.

no es suficientemente grande para ti; tus sentimientos, tus deseos, tu inquietud, tu orgullo mismo, tienen un principio distinto a ese cuerpo estrecho en el que te sientes encadenado.

Ningún ser material es activo por sí mismo, y yo lo soy. Por más que me discutan esto, lo siento, y ese sentimiento que me habla es más fuerte que la razón que lo combate. Tengo un cuerpo sobre el que los demás actúan y que actúa sobre ellos; esta acción recíproca no es dudosa; pero mi voluntad es independiente de mis sentidos, consiento o resisto, sucumbo o venzo, y siento perfectamente en mí mismo cuándo hago lo que he querido hacer, o cuándo no hago más que ceder a mis pasiones. Siempre tengo el poder de querer, no la fuerza de ejecutar. Cuando me entrego a las tentaciones, actúo según el impulso de objetos externos. Cuando me reprocho esa debilidad, sólo escucho a mi voluntad; soy esclavo de mis vicios, y libre por mis remordimientos; el sentimiento de mi libertad sólo se borra en mí cuando me depravo y cuando impido, finalmente, a la voz del alma alzarse contra la ley del cuerpo.

Sólo conozco la voluntad por el sentimiento de la mía, y no es mejor conocido el entendimiento. Cuando se me pregunta cuál es la causa que determina mi voluntad, pregunto a mi vez cuál es la causa que determina mi juicio; porque es evidente que esas dos causas son sólo una, y si se comprende bien que el hombre es activo en sus juicios, que su entendimiento no es más que el poder de comparar y juzgar, se verá que su libertad no es más que un poder semejante o derivado de éste; elige lo bueno porque ha juzgado lo verdadero, si juzga lo falso elige mal. ¿Cuál es, pues, la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cuál es la causa que determina su juicio? Su facultad inteligente, su poder de juzgar: la causa determinante está en él mismo. Más allá de eso, no comprendo nada.

Indudablemente, no soy libre de no querer mi propio bien, no soy libre de querer mi mal; pero mi libertad consiste en esto mismo, en que no puedo querer lo que me conviene o que yo estime tal, sin que nada extraño a mí me determine. ¿Se deriva que no soy mi dueño por no ser dueño de ser otro distinto que yo?

El principio de toda acción está en la voluntad de ser libre; no podríamos remontarnos más allá. No es la palabra de libertad la que no significa nada, es la de necesidad. Suponer algún acto, algún efecto que no derive de un principio activo, es realmente suponer efectos sin causa, es caer en el círculo vicioso. O no hay primer impulso, o todo primer impulso no tiene ninguna causa exterior, y no hay verdadera voluntad sin libertad. El hombre es, por tanto, libre en sus acciones y, como tal, está animado de una substancia inmaterial; es mi tercer artículo de fe. De estos tres primeros fácilmente deduciréis todos los demás sin que siga enumerándolos.

Si el hombre es activo y libre, actúa por él mismo; cuanto hace libremente no entra en el sistema ordenado por la providencia, y no puede imputársele. Ella no quiere el mal que el hombre hace abusando de la libertad que le da, pero no le impide hacerlo, sea que de parte de un ser tan débil este mal sea nulo a sus ojos, sea que no pueda impedirlo sin coartar su libertad y hacer un mal mayor degradando su naturaleza. Ella lo ha hecho libre para que haga no el mal, sino el bien eligiendo. Le puso en situación de hacer esa elección empleando bien unas facultades de las que lo ha dotado; pero limitó de tal modo sus fuerzas que el abuso de la libertad que le deja no pueda turbar el orden general. El mal que el hombre hace recae sobre él, sin cambiar nada en el sistema del mundo, sin impedir que la misma especie humana se conserve a pesar de lo que en ella exista. Murmurar que Dios no le impida hacer el mal, es murmurar que la hizo de una naturaleza excelente, que puso en sus acciones la moralidad que las ennoblece, que le dio derecho a la virtud. El supremo goce está en el contento de sí mismo; es para

merecer ese contento por lo que hemos sido puestos en la tierra y dotados de libertad, por lo que somos tentados por las pasiones y contenidos por la conciencia. ¿Qué más podía hacer en favor nuestro el poder divino mismo? ¿Podía sembrar la contradicción en nuestra naturaleza y dar el premio de haber obrado bien a quien no tuviera poder para obrar mal? ¡Cómo! Para impedir al hombre ser malvado, ¿había que limitarlo al instinto y hacerlo animal? No, Dios de mi alma, nunca te reprocharé haberlo hecho a tu imagen, para que yo pueda ser libre, bueno y dichoso como tú.

Es el abuso de nuestras facultades lo que nos hace desdichados y malvados. Nuestros pesares, nuestros cuidados, nuestras penas nos vienen de nosotros. El mal moral es, de modo irrefutable, obra nuestra, y el mal físico no sería nada sin nuestros vicios que nos lo han vuelto sensible. ¿No nos hace la naturaleza sentir nuestras necesidades para conservarnos? El dolor del cuerpo ¿no es un signo de que la máquina se descompone y una advertencia para que la atendamos? La muerte... ¿No envenenan los malvados su vida y la nuestra? ¿Quién querría vivir siempre? La muerte es el remedio a los males que vosotros hacéis; la naturaleza ha querido .que no sufrieseis siempre. ¡A cuán pocos males está sometido el hombre que vive en la sencillez primitiva! Vive casi sin enfermedades lo mismo que sin pasiones, y no prevé ni siente la muerte; cuando la siente, sus miserias se la hacen deseable; desde entonces ya no es un mal para él. Si nos contentáramos con ser lo que somos, no tendríamos que deplorar nuestra suerte; pero por buscar un bienestar imaginario nos damos mil males reales. Quien no sabe soportar un mínimo de sufrimiento debe esperar sufrir mucho. Cuando uno echa a perder su constitución con una vida desordenada, se la quiere restablecer con remedios; al mal que se siente se añade el que se teme; la previsión de la muerte la hace horrible y la acelera; cuanto más se la quiere rehuir, más se la siente, y uno se muere de espanto toda la vida murmurando contra la naturaleza por los males que uno mismo se ha provocado ofendiéndola.

Hombre, no busques al autor del mal, ese autor eres tú mismo. No existe otro mal que el que tú haces o que sufres y tanto uno como otro vienen de ti. El mal general no puede estar sino en el desorden, y en el sistema del mundo veo un orden que no se desmiente. El mal particular no está sino en el sentimiento del ser que sufre, y ese sentimiento no lo ha recibido el hombre de la naturaleza, él mismo se lo ha dado. El dolor raramente hace presa en quien, tras reflexionar un poco, no tiene ni recuerdo ni previsión. Quitad nuestros funestos progresos, quitad nuestros errores y nuestros vicios, quitad la obra del hombre, y todo está bien.

Donde todo está bien nada es injusto. La justicia es inseparable de la bondad. Y la bondad es el efecto necesario de un poder sin límite y del amor de sí esencial a todo ser que se siente. Quien puede todo, extiende, por así decir, su existencia con la de los seres. Producir y conservar son el acto perpetuo del poder; éste no actúa sobre lo que no es, Dios no es el Dios de los muertos: no podría ser destructor y malvado sin perjudicarse. Quién puede todo no puede querer más que lo que está bien. Por tanto, el Ser soberanamente bueno, por soberanamente poderoso, debe ser también soberanamente justo; de otro modo se contradiría a sí mismo; porque el amor al orden que lo produce se llama bondad, y el amor al orden que lo conserva se llama justicia.

Dios, dicen, no debe nada a sus criaturas; creo que les debe todo lo que les prometió al darles el ser. Y es prometerles un bien darles la idea de él y hacerles sentir su necesidad. Cuanto más me concentro en mí más me consulto, y más leo estas palabras escritas en mi alma: sé justo, y serás feliz. Sin embargo no es así si consideramos el presente estado de cosas: el malvado prospera, y el justo permanece oprimido. ¡Ved también la indignación que se enciende en nosotros cuando esa espera queda frustrada! La

conciencia se subleva y murmura contra su autor; le grita entre gemidos: ¡Me has engañado!

¿Que yo te he engañado, temerario? ¿Y quién te lo ha dicho? ¿Está aniquilada tu alma? ¿Has dejado de existir? ¡Oh, Bruto, hijo mío, no manches tu noble vida al terminarla; no dejes tu esperanza y tu gloria junto con tu cuerpo en los campos de Filipo!<sup>15</sup> Por qué dices: La virtud no es nada, cuando vas a disfrutar del premio de la tuya? Piensas que vas a morir; no, vas a vivir, y es entonces cuando he de cumplir cuanto te he prometido.

Por los murmullos de los impacientes mortales se diría que Dios les debe la recompensa antes del mérito, y que está obligado a pagar su virtud por adelantado. ¡Seamos buenos primero, y luego seremos felices! No exijamos el premio antes de la victoria ni el salario antes del trabajo. No es en la lid, decía Plutarco, donde se corona a los vencedores de nuestros juegos sagrados, es después que la han recorrido<sup>16</sup>.

Si el alma es inmaterial puede sobrevivir al cuerpo, y si le sobrevive, la Providencia queda justificada. Aunque no tuviera yo más prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malvado y la opresión del justo en este mundo, eso sólo me impediría dudar de ella. Una disonancia tan chocante en la armonía universal me haría intentar resolverla. Me diría: para nosotros no termina todo con la vida, todo vuelve al orden con la muerte. A decir verdad, me resulta difícil preguntarme dónde estará el hombre cuando todo lo que tenía de sensible sea destruido. Esta cuestión no es una dificultad para mí en el momento en que haya reconocido dos substancias. Es muy simple que, no percibiendo nada durante mi vida corporal sino por mis sentidos, lo que no les está permitido se me escape. Cuando la unión del cuerpo y del alma queda rota, concibo que el uno pueda disolverse, y la otra conservarse. ¿Por qué la destrucción del uno entrañaría la destrucción de la otra? Al contrario, siendo de naturalezas tan diferentes, por su unión estaban en un estado violento, y, cuando esa unión cesa, cada uno de los dos vuelve a su estado natural. La substancia activa y viviente recupera toda la fuerza que empleaba en mover la substancia pasiva y muerta. ¡Ay!, demasiado lo siento por mis vicios, el hombre sólo vive a medias durante su vida, y la vida del alma sólo comienza con la muerte del cuerpo.

Pero ¿cuál es esa vida? Y el alma ¿es inmortal por su naturaleza? Mi entendimiento limitado no concibe nada sin límites; cuanto se llama infinito se me escapa. ¿Qué puedo yo negar, afirmar? ¿Qué razonamientos puedo hacer sobre lo que no puedo concebir? Creo que el alma sobrevive al cuerpo lo bastante para el-mantenimiento del orden: ¿quién sabe si es bastante para durar siempre? No obstante, concibo cómo el cuerpo se gasta y se destruye por la división de las partes, pero no puedo concebir una destrucción parecida del ser pensante, y, no imaginando cómo puede morir, presumo que no muere. Puesto que esta presunción me consuela y nada tiene de irrazonable, ¿por qué he de temer entregarme a ella?

Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y por el pensamiento; sé que es, sin saber cuál es su esencia; no puedo razonar sobre ideas que no tengo. Lo que sé bien es que la identidad del yo no se prolonga más que por la memoria, y que, para ser el mismo en efecto, es menester que yo recuerde haber sido. Ahora bien, después de mi muerte no podría recordar lo que he sido durante mi vida si no me acordara también de lo que he sentido, por consiguiente de lo que he hecho, y no dudo que este recuerdo ha de constituir un día la felicidad de los buenos y el tormento de los malvados. En esta tierra,

---

<sup>15</sup> Rousseau manifestó en su infancia (véase *Confessions, O.C.*, Pléiade, I, 24) admiración por Bruto, a cuyo célebre grito «*Virtud, no eres más que una palabra*», pronunciado antes de suicidarse, se alude aquí.

<sup>16</sup> Plutarco, Que no se podría vivir alegremente según la doctrina de Epicuro, 59.

mil pasiones ardientes absorben el sentimiento interno y engañan los remordimientos. Las humillaciones, las desgracias que el ejercicio acarrea de las virtudes, impiden sentir todos sus encantos. Mas cuando, liberados de las ilusiones que nos crean el cuerpo y los sentidos, gozamos de la contemplación del Ser supremo y de las verdades eternas cuya fuente es él, cuando la belleza del orden hiera todas las potencias de nuestra alma, y cuando únicamente nos ocupemos de comparar lo que hemos hecho con lo que hubiéramos debido hacer, será entonces cuando la voz de la conciencia recuperará su fuerza y su imperio; será entonces cuando la voluptuosidad pura que nace del contento de sí mismo y el amargo pesar por haberse envilecido, distinguirán mediante unos sentimientos inagotables el destino que cada cual se habrá preparado. No me preguntéis, buen amigo, si habrá otras fuentes de dicha y de penas; lo ignoro, y bastan las que imagino para consolarme de esta vida y hacerme esperar otra. No digo que los buenos serán recompensados; porque ¿qué otro bien puede esperar un ser excelente sino existir según su naturaleza? Lo que digo es que serán felices, porque su autor, el autor de toda justicia, al hacerlos sensibles no los hizo para sufrir; y porque, no habiendo abusado de su libertad sobre la tierra, no han frustrado por culpa suya su destino; han sufrido, sin embargo, en esta vida; por tanto serán recompensados en otra. Ese sentir se funda menos en el mérito del hombre que en la noción de bondad que me parece inseparable de la esencia divina. No hago sino suponer las leyes del orden observadas y a Dios constante consigo mismo <sup>[G]</sup>.

Tampoco me preguntéis si los tormentos de los malvados serán eternos<sup>17</sup>; también lo ignoro, y no tengo la vana curiosidad de aclarar cuestiones inútiles. ¿Qué me importa lo que será de los malvados? Tengo poco interés en su destino. No obstante, me cuesta creer que sean condenados a tormentos sin fin. Si la suprema justicia se venga, se venga desde esta vida. Vosotras y vuestros errores, ¡oh naciones!, sois sus ministros. Ella utiliza los males que os hacéis para castigar los crímenes que los han provocado. Es en vuestros corazones insaciables, roídos de envidia, de avaricia y de ambición donde, en el seno de vuestras falsas prosperidades, las pasiones vengadoras castigan vuestras fechorías. ¿Qué necesidad hay de ir a buscar el infierno en la otra vida si, desde ésta, reside en el corazón de los malvados?

Donde acaban nuestras necesidades precederas, donde cesan nuestros deseos insensatos deben cesar también nuestras pasiones y nuestros crimines. ¿De qué perversidad serían susceptibles unos espíritus puros? No necesitando nada, ¿por qué habrían de ser malvados? Si, exentos de nuestros sentidos groseros, toda su felicidad radica en la contemplación de los seres, no podrían querer sino el bien, y quien cesa de ser malvado, ¿puede ser miserable por siempre? Es lo que me inclino a creer sin tomarme la molestia de resolver al respecto. ¡Oh, ser clemente y bueno!, cualesquiera que sean tus decretos, los adoro; si tú castigas a los malvados, yo someto mi débil razón a tu justicia. Mas si los remordimientos de esos infortunados deben extinguirse con el tiempo, si sus males deben acabar, y si la misma paz nos espera igualmente a todos un día, te alabo por ello. ¿No es mi hermano el malvado? ¡Cuántas veces he estado tentado de parecerme a él! Que, liberado de su miseria, pierda también la malignidad que lo acompaña, que sea feliz igual que yo; lejos de excitar mi envidia, su felicidad no hará sino añadirse a la mía.

---

<sup>17</sup> En la mayoría de los manuscritos no aparece esta frase, que ha sido añadida por una mano no identificada, en el ejemplar C.: «y si es propio de la bondad del autor de su ser condenarles a sufrir siempre».

De este modo, contemplando a Dios en sus obras y estudiándolo por aquellos atributos suyos que me importaba conocer, he llegado a extender y aumentar gradualmente la idea imperfecta y limitada al principio que me hacía de ese .ser inmenso. Mas si esa idea se ha vuelto más noble y mayor, también es menos proporcionada a la razón humana. A medida que me aproximo en espíritu a la eterna luz, su resplandor me deslumbra, me turba, y me veo forzado a abandonar todas las nociones terrestres que me ayudaban a imaginarla. Dios no es corporal y sensible; la suprema inteligencia que rige el mundo no es el mundo mismo. En vano elevo y fatigo mi espíritu para concebir su esencia. Cuando pienso que es ella la que da vida y actividad a la substancia viviente y activa que rige los cuerpos animados, cuando oigo decir que mi alma es espiritual y que Dios es un espíritu, me indigno contra ese envilecimiento de la esencia divina, como si Dios y mi alma fueran de igual naturaleza. ¡Como si Dios no fuera el único ser absoluto, el único verdaderamente activo, sintiente, pensante, queriente por sí mismo, y del que nosotros recibimos el pensamiento, la actividad, la voluntad, la libertad, el ser! Nosotros no somos libres sino porque él quiere que lo seamos, y su substancia inexplicable es a nuestras almas lo que nuestras almas son a nuestros cuerpos. Nada sé sobre si él ha creado la materia, los cuerpos, los espíritus, el mundo. La idea de creación me confunde y supera mi capacidad: la creo hasta donde puedo concebirla; pero sí que él ha formado el universo y cuanto existe, que él ha hecho todo y ordenado todo. Dios es eterno, sin duda; pero ¿puede mi espíritu abarcar la idea de eternidad? ¿Por qué contentarme con palabras sin idea? Lo que concibo es que él es antes de las cosas, que será mientras ellas subsistan, y que sería más allá incluso si todo debiera acabar un día. Que un ser que no concibo dé la existencia a otros seres, no es sino oscuro e incomprensible; pero que el ser y la nada se conviertan por sí mismos uno en otra, es una contradicción palpable, es una clara absurdidad.

Dios es inteligente; pero ¿cómo lo es? El hombre es inteligente cuando razona, y la suprema inteligencia no necesita razonar; no hay para ella ni premisas, ni consecuencias, no hay siquiera proposición; es puramente intuitiva, ve igualmente todo lo que es y todo lo que puede ser, todas las verdades no son para ella más que una sola idea, lo mismo que todos los lugares un solo punto y todos los tiempos un solo momento. El poder humano actúa mediante unos medios, el poder divino actúa por sí mismo: Dios puede porque quiere; su voluntad hace su poder. Dios es bueno; no hay nada más manifiesto; pero la bondad en el hombre es el amor a sus semejantes, y la bondad de Dios es el amor al orden; porque es por el orden por lo que mantiene lo que existe y une cada parte con el todo. Dios es justo; estoy convencido de ello, es una consecuencia de su bondad; la injusticia de los hombres es obra de ellos y no de él; el desorden moral que depone contra la Providencia a ojos de los filósofos no hace sino demostrarla a los míos. Mas la justicia del hombre es dar a cada cual lo que le pertenece, y la justicia de Dios pedir cuentas a cada cual de lo que le ha dado.

Que si yo vengo a descubrir sucesivamente estos atributos de los que ninguna idea absoluta tengo es por consecuencias forzadas, es por el buen uso de mi razón; pero las afirmo sin comprenderlas, y en el fondo eso es no afirmar nada. Por más que me diga: Dios es así, por más que lo sienta, por más que me lo pruebe, no por ello concibo mejor cómo puede ser Dios así.

Finalmente, cuanto más me esfuerzo por contemplar su esencia infinita, menos la concibo; mas ella es, esto me basta; cuanto menos la concibo, más la adoro. Me humillo, y le digo: ser de los seres, yo soy porque tú eres, es elevarme a mi fuente meditarle sin cesar. El uso más digno de mi razón es aniquilarme ante ti: es el éxtasis de mi espíritu, es el encanto de mi debilidad sentirme abrumado por tu grandeza.

Después de haber deducido así, de la impresión de los objetos sensibles y del sentimiento interior que me lleva a juzgar las causas según mis luces naturales, las principales verdades que me importaba conocer, me queda por buscar las máximas que de ello debo sacar para mi conducta, y las reglas que debo prescribirme para cumplir mi destino sobre la tierra según la intención de quien aquí me ha puesto. Siguiendo siempre mi método, no deduzco esas reglas de los principios de una alta filosofía, sino que las encuentro en el fondo de mi corazón escritas por la naturaleza en caracteres indelebles. No tengo más que consultarme sobre lo que quiero hacer; cuanto siento que está bien, está bien, cuanto siento que está mal, está mal: el mejor de todos los casuistas es la conciencia; y sólo cuando se chalanea con ella es cuando recurrimos a las sutilezas del razonamiento. El primero de todos los cuidados es el de sí mismo; sin embargo, ¡cuántas veces la voz interior nos dice que haciendo nuestro bien a expensas de otro hacemos mal; Creemos seguir el impulso de la naturaleza y nos resistimos a él: al escuchar lo que dice a nuestros sentidos despreciamos lo que dice a nuestros corazones; el ser activo obedece, el ser pasivo ordena. La conciencia es la voz del alma, las pasiones son la voz del cuerpo. ¿Puede sorprender que a menudo esos dos lenguajes se contradigan? Entonces, ¿a cuál hay que escuchar? Con demasiada frecuencia nos engaña la razón; hemos adquirido sobradamente el derecho a recusarla; pero la conciencia no engaña jamás, es la verdadera guía del hombre: es al alma lo que el instinto al cuerpo <sup>[H]</sup>; quien la sigue obedece a la naturaleza y no teme extraviarse. Este punto es importante, prosiguió mi bienhechor, al ver que yo iba a interrumpirle: permitid que me detenga algo más para aclararlo.

Toda la moralidad de nuestras acciones reside en el juicio que de ellas llevamos en nosotros mismos. Si es cierto que el bien es bien, debe serlo en el fondo de nuestros corazones tanto como en nuestras obras, y el primer premio de la justicia es sentir que la practicamos. Si la bondad moral está conforme con nuestra naturaleza, el hombre sólo podría ser sano de espíritu y bien constituido cuando es bueno. Si no lo está, y el hombre es naturalmente malvado, no puede dejar de serlo sin corromperse, y la bondad no es en él más que un vicio contra natura. Hecho para dañar a sus semejantes como el lobo para degollar a su presa, un hombre humano sería un animal tan depravado como un lobo despiadado, y sólo la virtud nos dejaría remordimientos.

¡Volvamos a nosotros mismos, joven amigo! Examinemos, dejando a un lado cualquier interés personal, a qué nos llevan nuestras inclinaciones. ¿Qué espectáculo nos halaga más, el de los tormentos o el de la felicidad de otros? ¿Qué nos es más dulce de hacer y deja en nosotros una impresión más agradable una vez hecho, un acto de beneficencia o un acto de maldad? ¿Por quién os interesáis en vuestros teatros? ¿Son las fechorías las que os causan placer? ¿Derramáis vuestras lágrimas por sus autores castigados? Todo nos resulta indiferente, dicen ellos, salvo nuestro interés; y, por el contrario, las dulzuras de la amistad, de la humanidad, nos consuelan en nuestras penas; e, incluso en nuestros placeres estaríamos demasiado solos, seríamos demasiado miserables si no tuviéramos con quién compartirlos. Si no hay nada moral en el corazón del hombre, ¿de dónde le vienen pues esos transportes de admiración por las acciones heroicas, esos arrebatos de amor por las almas grandes? Ese entusiasmo de la virtud, ¿qué relación tiene con nuestro interés privado? ¿Por qué querría yo ser Catón desgarrando sus entrañas antes que César triunfante? Si apartáis de nuestros corazones ese amor por lo bello, priváis a la vida de todo su encanto. Aquél cuyas viles pasiones han ahogado en su alma estrecha esos deliciosos sentimientos; aquél que, a fuerza de concentrarse dentro de sí, llega a no amarse más que a sí mismo, no tiene transportes, su corazón helado ya no palpita de alegría, jamás humedece sus ojos una dulce ternura, ya no goza de nada; el desventurado ya no siente, ya no vive: está ya muerto.

Pero, cualquiera que sea el número de los malvados sobre la tierra, pocas de esas almas cadavéricas se han vuelto insensibles, dejando a un lado su interés, ante cuanto es justo y bueno. La iniquidad complace mientras aprovecha; en todo lo demás se quiere que el inocente sea protegido. ¿Que vemos en una calle o en un camino un acto de violencia y de injusticia? Al instante un impulso de cólera y de indignación se alza en el fondo del corazón, y nos lleva a tomar la defensa del oprimido; pero un deber más poderoso nos retiene, y las leyes nos quitan - el derecho a proteger la inocencia. Por el contrario, si algún acto de clemencia o de generosidad sorprende nuestra vista, ¡qué admiración, qué amor nos inspira! ¿Quién no dice: me gustaría haber hecho otro tanto? Con toda seguridad nos importa muy poco que un hombre haya sido malvado o justo hace dos mil años; y sin embargo, en la historia antigua nos afecta el mismo interés que si todo eso hubiera pasado en nuestros días. ¿Qué se me dan a mí los crímenes de Catilina? ¿Tengo miedo de ser su víctima? ¿Por qué, pues, siento por él el mismo horror que si fuera mi contemporáneo? No odiamos a los malvados solamente porque nos perjudiquen, sino porque son malvados. No solamente queremos ser felices, también queremos la felicidad de los demás; y cuando esa felicidad no cuesta nada a la nuestra, la aumenta. Finalmente, a pesar de uno mismo, tenemos compasión de los infortunados; cuando somos testigos de su mal, sufrimos. Ni los más perversos podrían desprenderse por completo de esta propensión; a menudo los pone en contradicción consigo mismos. El ladrón que despoja a los caminantes no deja de cubrir la desnudez del pobre, y el asesino más feroz sostiene a un hombre que cae desfallecido.

Se habla del grito de los remordimientos que castigan en secreto los crímenes ocultos y tan a menudo los pone en evidencia. ¡Ay! ¿Quién de nosotros no oyó nunca esa voz importuna? Hablamos por experiencia y querríamos ahogar ese sentimiento tiránico que nos da tanto tormento. Obedezcamos a la naturaleza; conoceremos con qué dulzura reina, y el encanto que hallamos, tras haberla escuchado, en tomarnos en un buen concepto a nosotros mismos. El malvado se teme y se huye; se divierte saliendo fuera de sí mismo; lanza a su alrededor unas miradas inquietas, y busca un objeto que lo entretenga; sin la sátira amarga, sin la burla insultante, siempre estaría triste; la risa burlona es su único placer. Por el contrario, la serenidad del justo es interior; su risa no es de malignidad sino de alegría, lleva su fuente dentro de sí mismo; está tan alegre solo como en medio de un círculo; no saca su contento de quienes a él se acercan, él se lo comunica a ellos.

Echad una ojeada sobre todas las naciones del mundo, recorred todas las historias. Entre tantos cultos inhumanos y extravagantes, entre esa prodigiosa diversidad de costumbres y caracteres, por todas partes encontraréis las mismas ideas de justicia y honestidad<sup>18</sup>, por todas partes las mismas nociones del bien y del mal. El antiguo paganismo dio a luz unos dioses abominables a los que aquí abajo se castigó como malvados, y que no ofrecían por cuadro de felicidad suprema sino fechorías que cometer y pasiones que contentar. Pero el vicio armado de una autoridad sagrada descendía en vano de la morada eterna, el instinto moral lo rechazaba del corazón de los humanos. Mientras se celebraban los desenfrenos de Júpiter, se admiraba la continencia de Xenócrates; la casta Lucrecia adoraba a la impúdica Venus; el intrépido romano sacrificaba al Miedo; invocaba al dios que mutiló a su padre, y moría sin murmurar de la mano del suyo: las divinidades más despreciables fueron servidas por los mayores hombres. La santa voz

---

<sup>18</sup> En el ejemplar C., una mano no identificada ha añadido: «*por todas partes los mismos principios de moral*», frase que aparece en casi todos los manuscritos.

de la naturaleza, más fuerte que la de los dioses, se hacía respetar sobre la tierra y parecía relegar al cielo el crimen junto con los culpables<sup>19</sup>.

Hay pues en el fondo de las almas un principio innato de justicia y de virtud por el cual, a pesar de nuestras propias máximas, juzgamos nuestras acciones y las de los demás como buenas o malas, y es a ese principio al que doy el nombre de conciencia.

Pero, a esta palabra oigo elevarse de todas partes el clamor de los presuntos sabios: ¡errores de la infancia, prejuicios de la educación!, exclaman todos de consuno. En el espíritu humano no hay nada más que lo que en él se introduce por la experiencia, y de nada juzgamos sino sobre ideas adquiridas. Hacen más: se atreven a rechazar este acuerdo evidente y universal de las naciones, y, contra la esplendorosa uniformidad del juicio de los hombres, van a buscar en las tinieblas algún ejemplo oscuro y conocido sólo por ellos; como si todas las inclinaciones de la naturaleza fueran aniquiladas por la depravación de un pueblo, y como si la especie ya no fuera nada tan pronto como es de los monstruos. Pero ¿de qué le sirven al escéptico Montaigne los tormentos que se toma para desterrar a un rincón del mundo una costumbre opuesta a las nociones de la justicia? ¿De qué le sirve conceder a los viajeros más sospechosos la autoridad que rehúsa a los escritores más célebres? ¿Qué usos inciertos y raros, fundados sobre causas locales que nos son desconocidas, destruirán la inducción general sacada del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demás y de acuerdo en este único punto? ¡Oh, Montaigne!, tú que te precias de franqueza y de verdad, sé sincero y auténtico si es que un filósofo puede serlo, y dime si hay algún país sobre la tierra en que sea un crimen mantener la fidelidad, ser clemente, bienhechor y generoso, donde el hombre de bien sea despreciable y el pérfido honrado<sup>20</sup>.

Se dice que todos concurren al bien público por interés propio. Pero ¿de dónde deriva que el justo concorra a él en perjuicio suyo? ¿Qué es ir a la muerte por interés propio? Indudablemente, nadie obra sino por su bien; pero si no existe un bien moral que hay que tener en cuenta, nunca se explicará por interés propio otra cosa que las acciones de los malvados. Puede creerse incluso que no se intentará ir más lejos. Sería una filosofía demasiado abominable aquella en la que se obstaculizaran las acciones virtuosas, en que no pudiera uno salir con bien de un asunto sino falseando intenciones bajas y motivos sin virtud, en que nos viéramos forzados a envilecer a Sócrates y a calumniar a Régulo. Si alguna vez doctrinas semejantes pudieran germinar entre nosotros, la voz de la naturaleza, igual que la de la razón, se alzarían incesantemente contra ellas y no dejarían nunca a uno solo de sus partidarios la excusa de serlo de buena fe.

No trato de entrar aquí en discusiones metafísicas que superen mi capacidad y la vuestra, y que en el fondo no llevan a nada. Ya os he dicho que no quería filosofar con vos, sino ayudaros a consultar vuestro corazón. Aún cuando todos los filósofos del mundo probaran que estoy equivocado, si vos creéis que tengo razón, no quiero más.

Para esto no es menester sino haceros distinguir nuestras ideas adquiridas de nuestros sentimientos naturales; porque sentimos antes de conocer, y como no aprendemos a querer nuestro bien y a huir nuestro mal, sino que poseemos esa voluntad de la naturaleza, así el amor a lo bueno y el odio a lo malo nos son tan naturales como el amor a nosotros mismos. Los actos de la conciencia no son juicios, sino sentimientos;

---

<sup>19</sup> De Montaigne (*Essais*, II, 33) procede el ejemplo de la continencia de Xenócrates; el del miedo del *Traité de l'opinion*, II, 1, de Saint-Aubin. Rousseau designa con «*el dios que mutiló a su padre*» a Júpiter, confundiéndolo con Saturno, que mutiló a Eliano.

<sup>20</sup> Alusión a los pirronianos, Montaigne, Spinoza, y sobre todo a los materialistas contemporáneos, como Grimm, partidario de la doctrina «interior», secreta sobre todo.

aunque todas nuestras ideas nos vengan de fuera, los sentimientos que las aprecian están dentro de vos, y sólo por ellos conocemos la conveniencia o la inconveniencia que existe entre nosotros y las cosas que debemos respetar o rehuir.

Existir para nosotros es sentir; nuestra sensibilidad es, de modo irrefutable, anterior a nuestra inteligencia, y hemos tenido sentimientos antes que ideas<sup>21</sup>. Sea la que fuere la causa de nuestro ser, ella ha provisto a nuestra conservación dándonos sentimientos convenientes a nuestra naturaleza, y no podría negarse que éstos al menos son innatos. Por lo que al individuo se refiere, esos sentimientos son el amor de sí, el temor al dolor, el horror a la muerte, el deseo del bienestar. Pero si, como resulta indudable, el hombre es sociable por naturaleza, o al menos hace por llegar a serlo, sólo puede serlo por otros sentimientos innatos, relativos a su especie; porque considerando exclusivamente la necesidad física, ésta con total seguridad debe dispersar a los hombres, en lugar de acercarlos. Ahora bien, del sistema moral formado por esta doble relación consigo mismo y con sus semejantes es de donde nace el impulso de la conciencia. Conocer el bien no es amarlo, el hombre no tiene la conciencia innata; pero tan pronto como su razón se la hace conocer, su conciencia le lleva a amarla: es ese sentimiento el que es innato.

No creo pues, amigo mío, que sea imposible explicar por unas consecuencias de nuestra naturaleza el principio inmediato de la conciencia independiente de la razón misma, y, si fuera posible, sería innecesario: porque, dado que quienes niegan este principio admitido y reconocido por todo el género humano no prueban que exista, sino que se contentan con afirmarlo, cuando nosotros afirmamos que existe, estamos tan bien fundados como ellos, y tenemos además el testimonio interior y la voz de la conciencia que depone por sí misma. Aunque los primeros destellos del juicio nos deslumbren y confundan al principio los objetos a nuestras miradas, esperemos que nuestros débiles ojos vuelvan a abrirse y se reafirmen: pronto volveremos a ver esos mismos objetos a las luces de la razón, tal como nos los mostraba al principio la naturaleza; o mejor seamos más sencillos y menos vanos; limitémonos a los primeros sentimientos que encontramos en nosotros mismos, puesto que siempre es a ellos a lo que el estudio nos remite cuando no nos ha descaminado.

¡Conciencia! ¡Conciencia! Instinto divino, inmortal y celeste voz; guía seguro de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante a Dios; tú eres quien hace la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin ti no siento nada en mí que me eleve por encima de los animales, salvo el triste privilegio de perderme de error en error con la ayuda de un entendimiento sin regla y de una razón sin principio.

Gracias al cielo, hemos aquí liberados de todo ese espantoso aparato de filosofía; podemos ser hombres sin ser sabios; dispensados de consumir nuestra vida en el estudio de la moral, tenemos a bajo precio un guía más seguro en este dédalo inmenso de las opiniones humanas. Pero no es bastante que ese guía exista, hay que saber reconocerlo y seguirlo. Si habla a todos los corazones, ¿por qué hay tan pocos que lo comprenden? Eh, es que nos habla la lengua de la naturaleza, que todo nos hace olvidar. La conciencia es tímida, ama el retiro y la paz; el mundo y el ruido la espantan, los

---

<sup>21</sup> Una mano no identificada ha añadido en el ejemplar C.: «*En ciertos aspectos las ideas son sentimientos y los sentimientos ideas. Los dos nombres convienen a toda percepción que nos ocupa, tanto a su objeto como a nosotros mismos que somos afectados por él: sólo el orden de esa afección determina el nombre que le conviene. Cuando, ocupados primero del objeto, no pensamos en nosotros más que por reflexión, es una idea; por el contrario, cuando la impresión recibida excita nuestra primera atención, y sólo pensamos por reflexión en el objeto que la causa, es un sentimiento*».

prejuicios de que se la hace nacer son sus enemigos más crueles, huye o se calla ante ellos; su voz ruidosa ahoga la suya y le impide hacerse entender; el fanatismo osa desfigurarla y dictar el crimen en su nombre. A fuerza de ser rechazada, se harta al fin. No nos habla más; ya no nos responde, y después de tan prolongados desprecios hacia ella, cuesta tanto conseguir que vuelva como costó desterrarla.

¡Cuántas veces en mis búsquedas me he cansado de la frialdad que sentía en mí! ¡Cuántas veces la tristeza y el hastío, derramando su veneno sobre mis primeras meditaciones, me las hicieron insostenibles! Mi corazón árido no prestaba sino un celo lánguido y tibio al amor por la verdad. Yo me decía: ¿por qué atormentarme buscando lo que no existe? El bien moral no es más que una quimera; lo único bueno son los placeres de los sentidos. ¡Oh, cuando una vez se ha perdido el gusto por los placeres del alma, qué difícil es recobrarlo! ¡Aún es más difícil adquirirlo cuando nunca se ha tenido! Si existiera un hombre lo bastante miserable para no haber hecho en toda su vida nada cuyo recuerdo le permita estar contento de sí mismo y muy satisfecho de haber vivido, ese hombre sería incapaz de conocerse jamás, y por no sentir la bondad que conviene a su naturaleza, permanecería malvado a la fuerza y sería eternamente desgraciado; pero ¿creéis que haya en toda la tierra un hombre lo bastante depravado para no haber entregado nunca su corazón a la tentación de obrar bien? Esa tentación es tan natural y tan dulce que resulta imposible resistirla siempre, y la memoria del placer que ha producido una vez basta para que sin cesar la recordemos. Por desgracia, al principio cuesta satisfacerla; se tienen mil razones para negarnos a la inclinación de nuestro corazón; la falsa prudencia la constriñe en los límites del yo humano; se necesitan mil esfuerzos de valor para atreverse a franquearlos. Complacerse en obrar bien es el premio de haber obrado bien, y ese premio no se obtiene sino después de haberlo merecido. Nada es más digno de amor que la virtud, pero hay que gozarla para encontrarla tal. Cuando se la quiere abrazar, semejante al Proteo de la fábula adopta al principio mil formas espantosas, y sólo se muestra por fin bajo la suya a quienes no han cedido.

Constantemente combatido por mis sentimientos naturales que hablaban en favor del interés común, y por mi razón que todo lo refería a mí, habría flotado toda mi vida en esa continua alternativa, haciendo el mal, amando el bien, y siempre en contradicción conmigo mismo, si nuevas luces no hubieran ilustrado mi corazón, si la verdad que fijó mis opiniones no hubiera asegurado también mi conducta y no me hubiera puesto de acuerdo conmigo. Por más que se quiera establecer la virtud por la sola razón, ¿qué sólida base se le puede dar? La virtud, dicen, es el amor al orden; pero ese amor ¿puede y debe prevalecer en mí sobre el de mi bienestar? Que me den una razón clara y suficiente para preferirlo. En el fondo, su pretendido principio es un puro juego de palabras; porque entonces yo digo que el vicio es el amor al orden, tomado en un sentido diferente. Hay cierto orden moral en todas partes donde hay sentimiento e inteligencia. La diferencia estriba en que el bueno se ordena por relación al todo y el malvado ordena el todo por relación a él. Este se convertí en el centro de todas las cosas, el otro mide su radio y se atiene a la circunferencia. Así, está ordenado por relación al centro común que es Dios, y por relación a todos los círculos concéntricos que son las criaturas. Si la Divinidad no existe, sólo el malvado razona, el bueno no es más que un insensato.

¡Oh, hijo mío! Ojalá sintáis un día el alivio de peso que uno siente cuando, después de haber agotado la vanidad de las opiniones humanas y saboreado la amargura de las pasiones, encuentra finalmente tan cerca de sí la ruta de la sabiduría, el premio a los trabajos de esta vida y la fuente de la felicidad de la que se ha desesperado. Todos los deberes de la ley natural, casi borrados de mi corazón por la injusticia de los hombres,

vuelven a trazarse en él al nombre de la eterna justicia que me los impone y que me ve cumplirlos. No siento en mí más que la obra y el instrumento del gran Ser que quiere el bien, que lo hace, que hará el mío por el concurso de mis voluntades a las suyas, y por el buen uso de mi libertad; asiento al orden que él establece, seguro de gozar yo mismo un día de ese orden y de encontrar en él mi felicidad; porque ¿qué felicidad más dulce que sentirse ordenado en un sistema donde todo está bien? Presa del dolor, lo soporto con paciencia pensando que es pasajero y que procede de un cuerpo que no soy yo. Si hago una buena acción sin testigo, sé que es vista y tomo nota para la otra vida de mi conducta en ésta. Cuando sufro una injusticia, me digo: el Ser justo que rige todo sabrá resarcirme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me vuelven más insoportable la idea de la muerte. Serán otras tantas ataduras menos que romper cuando haya que abandonarlo todo.

¿Por qué está sometida mi alma a mis sentidos y encadenada a este cuerpo que la sojuzga e importuna? Nada sé de ello: ¿he penetrado acaso en los secretos de Dios? Pero sin temeridad puedo formar modestas conjeturas. Me digo: si el espíritu del hombre hubiera quedado libre y puro, ¿qué mérito tendría amar y seguir el orden que viese establecido y que no tendría ningún interés en perturbar? Sería feliz, cierto; pero a su felicidad le faltaría el grado más sublime, la gloria de la virtud y el buen testimonio de sí; sólo sería como los ángeles, y sin duda el hombre virtuoso será más que ellos. Unida a un cuerpo mortal por vínculos no menos poderosos que incomprensibles, el cuidado de la conservación de ese cuerpo excita al alma a remitir todo a él, y le da un interés contrario al orden general que, sin embargo, ella es capaz de ver y de amar; es entonces cuando el buen uso de su libertad se vuelve a la vez el mérito y la recompensa, y cuando se prepara una dicha inalterable al combatir sus pasiones terrestres y al mantenerse en su primera voluntad.

Que si, incluso en el estado de rebajamiento en que estamos durante esta vida, todas nuestras primeras inclinaciones son legítimas, si todos nuestros vicios nos vienen de nosotros, ¿por qué nos quejamos de estar sojuzgados por ellos? ¿Por qué reprochamos al autor de las cosas los males que nosotros nos hacemos y los enemigos que contra nosotros mismos armamos? ¡Ah, no echemos a perder al hombre: será siempre bueno sin esfuerzo, y siempre feliz sin remordimientos! Los culpables que se dicen forzados al crimen son tan mentirosos como malvados: ¿cómo no ven que la debilidad de que se quejan es obra suya, que su primera depravación procede de su voluntad, que a fuerza de querer ceder a sus tentaciones ceden a ellas finalmente a pesar suyo y las vuelven irresistibles? Indudablemente, no sólo de ellos depende no ser malvados y débiles; pero sí depende de ellos no llegar a serlo. ¡Oh, con qué facilidad seguiríamos siendo dueños de nosotros y de nuestras pasiones, incluso durante esta vida, si cuando aún no están adquiridos nuestros hábitos, si cuando nuestro espíritu comienza a abrirse supiésemos ocuparlo con objetos que debe conocer para apreciar los que no conoce; si quisiéramos sinceramente ilustrarnos, no para brillar a ojos de los demás, sino para ser buenos y sabios según nuestra naturaleza, para hacernos felices practicando nuestros deberes! Ese estudio nos parece enojoso y penoso, porque sólo pensamos en él cuando ya estamos corrompidos por el vicio y entregados a nuestras pasiones. Sentamos nuestros juicios y nuestra estima antes de conocer el bien y el mal, y luego, refiriendo todo a esa falsa medida, no damos su justo valor a nada.

Hay una edad en que el corazón, todavía libre pero ardiente, inquieto, ávido de la felicidad que no conoce, la busca con una curiosa incertidumbre, y, engañado por los sentidos, se fija al fin sobre su vana imagen, y cree encontrarla donde no está. Para mí esas ilusiones duraron demasiado tiempo. ¡Ay!, las conocí demasiado tarde, y no he podido destruirlas por completo; durarán tanto como este cuerpo mortal que las causa.

Por más que me seduzcan, no me engañan: las conozco por lo que son, y cuando las sigo las desprecio. Lejos de ver en ellas el objeto de mi felicidad, veo su obstáculo. Aspiro al momento en que, liberado de las trabas del cuerpo, yo sea yo sin contradicción, sin división, y en que sólo necesite de mí para ser feliz: mientras tanto, lo soy desde esta vida, porque tengo en poco todos los males, porque la miro como casi ajena a mi ser y porque todo el verdadero bien que de ella puede sacar de mí depende.

Para elevarme por adelantado tanto como sea posible a ese estado de felicidad, de fuerza y de libertad, me ejercito en las sublimes contemplaciones. Medito sobre el orden del universo, no para explicarlo mediante vanos sistemas, sino para admirarlo sin cesar, para adorar al sabio autor que en él se deja sentir. Converso con él, inundo todas mis facultades de su divina esencia; me enternezco con sus beneficios, lo bendigo por sus dones, pero no le ruego. ¿Qué le pediría? ¿Que cambiase para mí el curso de las cosas, que hiciera milagros en mi favor? Yo, que debo amar por encima de todo el orden establecido por su sabiduría y mantenido por su providencia, ¿he de querer que se turbe por mí ese orden? No, ese voto temerario merecería ser más bien castigado que escuchado. No le pido tampoco el poder de obrar bien: ¿por qué pedirle lo que me ha dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar el bien, la razón para conocerlo, la libertad para elegirlo? Si hago el mal no tengo excusa; lo hago porque lo quiero; pedirle cambiar mi voluntad es pedirle lo que él me pide; es querer que él haga mi trabajo, y que yo recoja su salario; no estar contento de mi estado es no querer ser ya hombre, es querer otra cosa que lo que es, es querer el desorden y el mal. ¡Fuente de justicia y de verdad, Dios clemente y bueno! En mi confianza en ti, el supremo deseo de mi corazón es que tu voluntad se haga. Uniéndola a la mía, hago lo que tú haces, acato tu bondad; creo compartir por anticipado la suprema felicidad que es su premio.

En justa desconfianza de mí mismo, lo único que le pido, o mejor dicho que espero de su justicia, es enderezar mi error si me extravió y si ese error resulta peligroso para mí. No por obrar de buena fe me creo infalible. Las opiniones mías que más verdaderas me parecen quizá sean otras tantas mentiras, porque ¿qué hombre no se atiene a las suyas, y cuántos hombres están de acuerdo en todo? Sólo él puede curarme de la ilusión que me engaña, por más que venga de mí. He hecho cuanto he podido por alcanzar la verdad pero su fuente está demasiado alta: cuando me faltan las fuerzas para ir más lejos, ¿de qué puedo ser culpable? A ella corresponde acercarse.

El buen sacerdote había hablado con vehemencia; él estaba emocionado, también yo lo estaba. Yo creía oír al divino Orfeo<sup>22</sup> cantar los primeros himnos, y enseñar a los hombres el culto de los dioses. Sin embargo, veía un tropel de objeciones que hacerle: no hice ninguna, porque eran menos sólidas que embarazosas, y porque la persuasión estaba de su lado. A medida que me hablaba según su conciencia, la mía parecía confirmarme cuanto él me había dicho.

Los sentimientos que acabáis de exponerme, le dije, me parecen más nuevos por lo que confesáis ignorar que por lo que decís creer. En ellos veo poco más o menos el teísmo<sup>23</sup> o la religión natural que los cristianos aparentan confundir con el ateísmo o la irreligión, que es la doctrina directamente opuesta. Pero en el estado actual de mi fe, he de subir más que bajar para adoptar vuestras opiniones, y me parece difícil permanecer

---

<sup>22</sup> Según Masson (*op. cit.*), esta alusión a Orfeo habría sido incluida en el último momento, para permitir al editor Duchesne insertar el grabado para el libro IV [pág. 31].

<sup>23</sup> La diferencia que la época veía entre teísmo y deísmo queda explícita en un texto de Diderot, *Essai sur le mente et la vertu*: «El *deísta* (...) es aquel que cree en Dios, pero que niega toda revelación; el *teísta*, por el contrario, es aquel que está cerca de admitir la revelación y que ya admite la existencia de Dios». Véase también Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, artículos *Théisme* y *Religión*.

precisamente en el punto en que estáis, a menos de ser tan prudente como vos. Para ser, por lo menos, tan sincero, quiero consultar conmigo mismo. Es el sentimiento interior el que debe conducirme hasta vuestro ejemplo, y vos mismo me habéis enseñado que después de haberle impuesto silencio durante largo tiempo, llamarle otra vez no es cosa de un momento. Llevo vuestras palabras en mi corazón, tengo que meditarlas. Si después de haberme consultado bien, me quedo tan convencido como vos, vos seréis mi último apóstol y yo seré prosélito vuestro hasta la muerte. Continúad instruyéndome, sin embargo; me habéis dicho sólo la mitad de lo que debo saber. Habladme de la revelación, de las escrituras, de esos dogmas oscuros sobre los que voy errante desde mi infancia sin poder concebirlos ni creerlos, y sin saber admitirlos ni rechazarlos.

Sí, hijo mío, dijo él abrazándome, terminaré de deciros lo que pienso; no quiero abrir mi corazón a medias. Mas el deseo que me testimoniáis era necesario para autorizarme a no tener con vos ninguna reserva. No os he dicho hasta ahora nada que no creyese que pudiera seros útil y de lo que no estuviera íntimamente persuadido. El examen que me queda por hacer es muy diferente; no veo en él más que dificultad, misterio, obscuridad; no aporto a él sino incertidumbre y desconfianza. Sólo me decido temblando, y os digo más mis dudas que mi opinión. Si vuestros sentimientos fueran más estables, dudaría en exponeros los míos; mas en el estado en que os halláis ganaréis pensando cómo yo □. Por lo demás, no deis a mis discursos más que la autoridad de la razón; ignoro si estoy en el error. Cuando se discute es difícil no adoptar a veces el tono afirmativo; mas recordad que en este punto todas mis afirmaciones son únicamente razones de duda. Buscad la verdad vos mismo: en cuanto a mí, no os prometo más que buena fe.

En mi exposición no veis otra cosa que la religión natural. ¡Es muy extraño que se necesite otra! ¿Cómo conocería yo esa necesidad? ¿De qué puedo ser culpable sirviendo a Dios según las luces que él da a mi espíritu y según los sentimientos que inspira a mi corazón? ¿Qué pureza de moral, qué dogma útil al hombre y honorable a su autor puedo sacar de una doctrina positiva que no pueda sacar sin ella del buen uso de mis facultades? Mostradme qué se puede añadir para gloria de Dios, para bien de la sociedad, y para mi propio beneficio a los deberes de la ley natural, y qué virtud haréis nacer de un nuevo culto, que no sea una consecuencia del mío. Las mayores ideas de la divinidad nos vienen por la sola razón. Ved el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior. ¿No ha dicho Dios todo a nuestros ojos, a nuestra conciencia, a nuestro juicio? ¿Qué más nos dirán los hombres? Sus revelaciones no hacen sino degradar a Dios dándole las pasiones humanas. Lejos de aclarar las nociones del gran Ser, veo que los dogmas particulares los enredan, que lejos de ennoblecerlos los envilecen; que a los misterios inconcebibles que lo rodean añaden ellos contradicciones absurdas; que vuelven al hombre orgulloso, intolerante, cruel, que en lugar de establecer la paz sobre la tierra llevan a ella el hierro y el fuego. Me pregunto para qué sirve todo eso, sin poder responderme. Ahí no veo sino los crímenes de los hombres y las miserias del género humano.

Me dicen que se necesitaba una revelación para enseñar a los hombres la manera en que Dios quería ser servido; se da como prueba la diversidad de cultos extravagantes que han instituido, y no se ve que esa diversidad misma viene de la fantasía de las revelaciones. Desde que a los pueblos se les ocurrió hacer hablar a Dios, cada uno lo ha hecho hablar a su manera y le ha hecho decir lo que ha querido. Si sólo se hubiera escuchado lo que Dios dice al corazón del hombre, nunca habría habido más que una religión sobre la tierra.

Hacía falta un culto uniforme, de acuerdo: pero este punto ¿era tan importante que fue menester todo el aparato del poder divino para establecerlo? No confundamos el

ceremonial de la religión con la religión. El culto que Dios pide es el del corazón; y éste, cuando es sincero, es siempre uniforme; es de una vanidad muy loca imaginar que Dios toma un interés tan grande en la forma del hábito del sacerdote, en el orden de las palabras que pronuncia, en los gestos que hace en el altar y en todas sus genuflexiones. ¡Eh, amigo mío!, quédate como estás; siempre te encontrarás bastante cerca de la tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad; deber es éste de todas las religiones, de todos los países, de todos los hombres. En cuanto al culto externo, si debe ser uniforme para el buen orden, eso es mero asunto de policía, para eso no hace falta revelación.

No empecé con todas estas reflexiones. Arrastrado por los prejuicios de la educación y por ese peligroso amor propio que siempre quiere elevar al hombre por encima de su esfera, no pudiendo elevar mis débiles concepciones hasta el gran Ser, me esforzaba por rebajarlo hasta mí. Las relaciones infinitamente lejanas que él puso entre su naturaleza y la mía, yo las acercaba. Quería comunicaciones más inmediatas, instrucciones más particulares, y no contento con hacer a Dios semejante al hombre, para ser yo mismo privilegiado entre mis semejantes, quería luces sobrenaturales, quería un culto exclusivo, quería que Dios me hubiera dicho lo que no había dicho a otros, o lo que otros no habrían entendido como yo.

Mirando el punto a que había llegado como el punto común de donde partían todos los creyentes para llegar a un punto más esclarecido, no encontraba en la religión natural<sup>24</sup> sino los elementos de toda religión. Consideraba esa diversidad de sectas que reinan sobre la tierra y que mutuamente se acusan de mentira y de error; preguntaba: ¿Cuál es la buena? Todos me respondían: La mía [J]; todos decían: sólo yo y mis partidarios pensamos correctamente, todos los demás están en el error. ¿Y cómo sabéis que vuestra secta es la buena? Porque Dios lo ha dicho. Y ¿quién os dice que Dios lo ha dicho? Mi pastor, que lo sabe bien. Mi pastor me dice que crea así, y así creo; me asegura que todos los que dicen otra cosa distinta a él mienten, y yo no los escucho.

¡Cómo!, pensaba yo, ¿la verdad no es una, y lo que es verdadero en mí puede ser falso en vos? Si el método de quien sigue el buen camino y el de quien se extravía es el mismo, ¿qué mérito o qué culpa tiene más uno que otro? Su elección es efecto del azar, imputárselo es iniquidad; es recompensar o castigar por haber nacido en tal o cual país. Osar decir que Dios no juzga de ese modo es ultrajar su justicia.

O todas las religiones son buenas y agradables a Dios, o, si hay una que prescriba a los hombres y por cuyo desconocimiento los castigue, le ha dado signos ciertos y manifiestos para ser distinguida y conocida como la única verdadera. Esos signos son de todos los tiempos y de todos los lugares, sensibles por igual a todos los hombres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, europeos, indios, africanos y salvajes. Si hubiera una religión sobre la tierra fuera de la cual sólo hubiese pena eterna, y en algún lugar del mundo un solo mortal de buena fe no hubiese sido sorprendido por su evidencia, el Dios de esa religión sería el más inicuo y más cruel de los tiranos.

¿Buscamos, pues, sinceramente la verdad? No otorguemos nada al derecho de nacimiento y a la autoridad de los padres y de los pastores, sino que sometamos a examen de conciencia y de la razón cuanto nos han enseñado desde nuestra infancia. Aunque me griten: somete tu razón. Eso mismo puede decirme quien me engaña; necesito razones para someter mi razón.

Toda la teología que pude adquirir por mí mismo mediante la inspección del universo, y por el buen uso de mis facultades, se limita a lo que anteriormente os he explicado. Para

---

<sup>24</sup> En el ejemplar C., una mano no identificada, añade: «en los dogmas de la religión natural».

saber más hay que recurrir a medios extraordinarios. Esos medios no podrían ser la autoridad de los hombres: porque al no ser hombre alguno de una especie distinta a mí, cuanto un hombre conoce naturalmente también puedo conocerlo yo, y otro hombre puede equivocarse igual que yo: cuando creo lo que dice, no es porque él lo diga, sino porque lo prueba. En el fondo, por tanto, el testimonio de los hombres no es sino el de mi propia razón, y nada añade a los medios naturales conocer la verdad que Dios me ha dado.

Apóstol de la verdad, ¿qué tenéis, pues, que decirme de lo que yo no siga siendo el juez? Dios mismo ha hablado; escuchad su revelación. Eso es otra cosa. ¡Dios ha hablado! Desde luego, gran frase es ésta. ¿Y a quién ha hablado? Ha hablado a los hombres. ¿Por qué pues no he oído yo nada? Ha encargado a otros hombres que os transmitan su palabra. Ya entiendo: son hombres los que van a decirme lo que Dios ha dicho. Preferiría haber oído a Dios mismo; a él no le habría costado mucho más, y yo habría estado al abrigo de la seducción. Os protege de ella manifestando la misión de sus enviados. ¿Y quién ha hecho esos libros? Hombres. Y ¿quién ha visto esos prodigios? Hombres que los atestiguan. ¡Vaya! ¡Siempre testimonios humanos! ¡Siempre hombres que me cuentan lo que otros hombres han contado! ¡Cuántos hombres entre Dios y yo! No obstante, veamos, examinemos, comparemos, verifiquemos. Oh, si Dios se hubiera dignado dispensarme de todo este trabajo, ¿le habría servido yo con menor buena voluntad?

Considerad, amigo mío, en qué horrible discusión me he metido; de qué inmensa erudición tengo necesidad para remontarme a las antigüedades más altas; para examinar, sopesar, confrontar las profecías, las revelaciones, los hechos, todos los monumentos de fe propuestos en todos los países del mundo, para asignarles los tiempos, los lugares, los autores, las ocasiones. ¡Qué exactitud de crítica necesito para distinguir las piezas auténticas de las piezas supuestas; para comparar las objeciones con las respuestas, las traducciones con los originales; para juzgar sobre la imparcialidad de los testigos, sobre su buen sentido, sobre sus luces; para saber si no se ha suprimido nada, ni añadido nada, ni traspuesto, cambiado, falsificado nada; para hacer desaparecer las contradicciones que aún quedan; para juzgar el peso que debe tener el silencio de los adversarios en los hechos alegados contra ellos; si esas alegaciones les fueron conocidas; si hicieron suficiente caso de ellas para dignarse responderlas; si los libros eran lo bastante comunes para que los nuestros les llegasen; si tuvimos la buena fe suficiente para dar curso a los suyos entre nosotros y para dejar en ellos sus más graves objeciones en el mismo estado en que las habían formulado.

Una vez admitidos por irrefutables todos estos monumentos, hay que pasar a renglón seguido a las pruebas de la misión de sus autores; hay que conocer bien las leyes de los destinos, las probabilidades eventivas<sup>25</sup>, para juzgar qué predicción no puede cumplirse sin milagro; el genio de las lenguas originales para distinguir lo que es predicción en esas lenguas y lo que no es más que figura oratoria; qué hechos están en el orden de la naturaleza, y qué otros hechos no entran en él, para determinar hasta qué punto un hombre hábil puede fascinar los ojos de los simples, puede asombrar incluso a las gentes esclarecidas; buscar de qué especie debe ser un prodigio y qué autenticidad ha de tener, no sólo para ser creído, sino para que sea punible dudar de él; comparar las pruebas de los verdaderos y de los falsos prodigios y hallar las reglas seguras para

---

<sup>25</sup> *Éventives*: neologismo de Rousseau; formo el correspondiente castellano sobre *evento*; las probabilidades eventivas son aquellas que pueden realizarse, las que pueden tener una realización incierta o contingente.

discernirlos; decir, finalmente, por qué Dios escogió, para atestiguar su palabra, medios que por sí mismos tienen gran necesidad de atestación, como si él se burlase de la credulidad de los hombres y evitara de intento los verdaderos medios de persuadirlos.

Supongamos que la majestad divina se digne rebajarse lo bastante para hacer a un hombre órgano de sus voluntades sagradas; ¿es razonable, es justo exigir que todo el género humano obedezca la voz de ese ministro, sin hacerle conocer por tal? ¿Hay equidad no dándole, por todas cartas credenciales, otra cosa que unos cuantos signos particulares hechos ante unas pocas gentes oscuras, y de los que el resto de los hombres nunca sabrá nada sino de oídas? Si en todos los países del mundo se tuvieran por verdaderos todos los prodigios que el pueblo y los simples dicen haber visto, cada secta sería la buena, habría más prodigios que acontecimientos naturales y el mayor de todos los milagros sería que allí donde hay fanáticos perseguidos no hubiera milagros. Tal es el orden inalterable de la naturaleza que muestra del mejor modo posible al ser supremo<sup>26</sup>; si se diesen muchas excepciones, yo ya no sabría qué pensar, y por lo que a mí se refiere creo demasiado en Dios para creer en tantos milagros tan poco dignos de él.

¡Que venga un hombre a hablarnos con este lenguaje: Mortales, yo os anuncio la voluntad del Altísimo; reconoced en mi voz al que me envía. Ordeno al sol cambiar su carrera, a las estrellas formar otra disposición, a las montañas aplanarse, a las olas elevarse, a la tierra tomar otro aspecto: ante estas maravillas, ¿quién no reconocerá al instante al amo de la naturaleza? Ella no obedece a impostores; sus milagros ocurren en encrucijadas, en desiertos, en cámaras, y ahí es donde engañan a un pequeño número de espectadores predispuestos a creer todo. ¿Quién osará decirme cuántos testigos oculares son necesarios para hacer que un prodigio sea digno de fe? Si vuestros milagros, hechos para probar vuestra doctrina, necesitan ser probados, ¿de qué sirven? Tanto valía no hacerlos.

Queda por último el examen más importante en la doctrina anunciada; pues dado que quienes dicen que Dios hace en esta tierra milagros pretenden que el diablo los imita a veces, con los prodigios mejor atestiguados no estamos más adelantados que antes; y puesto que los magos de Faraón osaban hacer, en presencia misma de Moisés, los mismos signos que él hacía por orden expresa de Dios, ¿por qué en su ausencia no hubiesen pretendido, con iguales títulos, la misma autoridad? Así pues, tras haber probado la doctrina por el milagro, hay que probar el milagro por la doctrina [K], no vaya a ser que se tome la obra del demonio por la obra de Dios. ¿Qué pensáis de este dilema<sup>27</sup>?

Por venir de Dios, esta doctrina debe llevar el sagrado carácter de la divinidad; no sólo debe aclararnos las ideas confusas que el razonamiento traza en nuestro espíritu; también debe proponernos un culto, una moral, y máximas convenientes a los atributos por los que sólo concebimos nosotros su esencia. Por tanto, si no nos enseñara más que cosas absurdas y sin razón, si no nos inspirara más que sentimientos de aversión hacia nuestros semejantes y de espanto hacia nosotros mismos, si no nos pintara más que un Dios colérico, celoso, vengador, parcial y odiador de los hombres, un Dios de la guerra y de los combates siempre presto a destruir y a fulminar, un Dios hablando siempre de

---

<sup>26</sup> La mano no identificada de C.: «del mejor modo posible lo sabía mano que la rige».

<sup>27</sup> Este dilema, o círculo vicioso, lo mismo que la argumentación anterior, está ya en Pascal: «Regla: Hay que juzgar la doctrina por los milagros. Hay que juzgar los milagros por la doctrina. Todo esto es verdad, pero no se contradice. Porque hay que distinguir los tiempos» (*Pensées*, edición Le Guem, pensamiento n.º 684).

tormentos, de penas, jactándose de castigar incluso a los inocentes, mi corazón no se sentiría atraído hacia ese Dios terrible, y yo me guardaría mucho de abandonar la religión natural para abrazar ésta; porque de sobra veis que habría que optar necesariamente. Vuestro Dios no es el nuestro, diría yo a sus sectarios. Aquel que comienza por escogerse un solo pueblo y proscribir al resto del género humano no es el padre común de los hombres; aquel que destina al suplicio eterno al mayor número de sus criaturas no es el Dios clemente y bueno que mi razón me ha mostrado.

Respecto a los dogmas, ella me dice que deben ser claros, luminosos, sorprendentes por su evidencia. Si la religión natural es insuficiente, es por la obscuridad que deja en las grandes verdades que nos enseña: a la revelación corresponde enseñarnos esas verdades de una manera sensible para el espíritu del hombre, ponerlas a su alcance, hacérselas concebir a fin de que las crea. La fe se asegura y se afirma por el entendimiento, la mejor de todas las religiones es infaliblemente la más clara: quien carga de misterios, de contradicciones el culto que me predica me enseña por esto mismo a desconfiar. El Dios que adoro no es un Dios de tinieblas, no me ha dotado él de entendimiento para prohibirme su uso; decirme que someta mi razón es ultrajar a su autor. El ministro de la verdad no tiraniza mi razón; la esclarece.

Hemos dejado a un lado toda autoridad humana, y sin ella yo no podría ver cómo puede un hombre convencer a otro predicándole una doctrina desrazonable. Enfrentemos por un momento a estos dos hombres, e indaguemos qué podrán decirse en esa aspereza de lenguaje común a los dos partidos.

El Inspirado: La razón os enseña que el todo es más grande que su parte; mas yo os enseño de parte de Dios que es la parte la que es mayor que el todo.

El Razonador: ¿Y quién sois vos para atreveros a decirme que Dios se contradice? ¿Y a quién creeré mejor, a él que me enseña por la razón las verdades eternas, o a vos que me anunciáis de parte suya una absurdidad?

El Inspirado: A mí, porque mi instrucción es más positiva, y voy a probaros de forma irrefutable que es él quien me envía.

El Razonador: ¿Cómo? ¿Vais a probarme que es Dios quien os envía a deponer contra él? Y ¿de qué género serán vuestras pruebas para convencerme de que es más seguro que Dios me hable por vuestra boca que por el entendimiento que me ha dado?

El Inspirado: ¡El entendimiento que os ha dado! ¡Hombre pequeño y vano! Como si fuerais el primer impío que se extravía en su razón corrompida por el pecado.

El Razonador: Hombre de Dios, tampoco vos seríais el primer pícaro que ofrece su arrogancia por prueba de su misión.

El Inspirado: ¡Como! ¿También los filósofos dicen injurias?

El Razonador: A veces, cuando los santos les dan ejemplo.

El Inspirado: Oh, yo tengo derecho a decirlas, yo hablo de parte de Dios.

El Razonador: Convendría que mostrarais vuestros títulos antes de usar vuestros privilegios.

El Inspirado: Mis títulos, son auténticos. La tierra y los cielos declararán en favor mío. Seguid mis razonamientos, os lo ruego.

- El Razonador: ¡Vuestros razonamientos! ¡Ni lo penséis! Enseñarme que mi razón me engaña, ¿no es refutar lo que me habrá dicho ella en lugar de vos? Quien quiere recusar la razón debe convencer sin utilizarla. Porque, supongamos que razonando me habéis convencido; ¿cómo sabré yo si no es mi razón corrompida por el pecado la que me hace asentir a lo que me decís? Además, ¿qué prueba, qué demostración podréis nunca emplear más evidente que el axioma que ella debe destruir? Es todo tan creíble que un buen silogismo es una mentira como lo es que la parte es más grande que el todo.
- El Inspirado: ¡Qué diferencia! Mis pruebas son irrefutables; son de un orden sobrenatural.
- El Razonador: ¡Sobrenatural! ¿Qué significa esa palabra? No la entiendo.
- El Inspirado: Cambios en el orden de la naturaleza, profecías, milagros, prodigios de toda especie.
- El Razonador: ¡Prodigios! ¡Milagros! Nunca he visto nada de todo eso.
- El Inspirado: Otros lo han visto por vos. Nubes de testigos,... el testimonio de los pueblos...
- El Razonador: ¿El testimonio de los pueblos es de un orden sobrenatural?
- El Inspirado: No, pero cuando es unánime, es irrefutable.
- El Razonador: Nada hay más irrefutable que los principios de la razón, y no puede autorizarse una absurdidad mediante el testimonio de los hombres. Una vez más, veamos pruebas sobrenaturales, porque la atestación del género humano no lo es.
- El Inspirado: ¡Oh corazón endurecido! La gracia no os habla.
- El Razonador: No es culpa mía; porque, según vos, es preciso haber recibido ya la gracia para saber pedirla. Comenzad pues a hablarme en lugar de ella.
- El Inspirado: ¡Ah, eso es lo que hago, y no me escucháis! Y ¿qué me decís de las profecías?
- El Razonador: Digo en primer lugar que no he oído más profecías que milagros he visto. Digo además que ninguna profecía podría tener autoridad para mí.
- El Inspirado: ¡Satélite del demonio! ¿Y por qué las profecías no son autoridad para vos?
- El Razonador: Porque para que la tuvieran serían precisas tres cosas cuyo concurso es imposible, a saber: que yo hubiera sido testigo de la profecía, que yo fuese testigo del acontecimiento, y que me fuera demostrado que ese acontecimiento no ha podido cuadrar fortuitamente con la profecía; porque, aunque fuera más precisa, más clara, más luminosa que un axioma geométrico, puesto que la claridad de una predicción hecha al azar no vuelve imposible su realización, cuando esa realización tiene lugar no prueba nada en rigor para quien la ha predicho.

Ved, pues, a qué se reducen vuestras pretendidas pruebas sobrenaturales, vuestros milagros, vuestras profecías. A creer todo eso por la palabra de otro, y a someter a la autoridad de los hombres la autoridad de Dios que habla a mi razón. Si las verdades

eternas que mi espíritu concibe pudieran sufrir algún ataque, para mí ya no habría ninguna especie de certeza, y lejos de estar seguro de que me habláis de parte de Dios, no estaría seguro siquiera de que existe.

He ahí muchas dificultades, hijo mío, y no son todas. Entre tantas religiones diversas que se proscriben y excluyen mutuamente, sólo una es la buena, supuesto que una lo sea. Para reconocerla no basta examinar una, hay que examinarlas todas, y en cualquier manera de que se trate no se debe condenar sin oír! [L]; hay que comparar las objeciones con las pruebas, hay que saber lo que cada cual opone a los demás y lo que les responde. Cuanto más demostrado nos parece un sentir, más debemos investigar en qué se fundan tantos hombres para no considerarlo como tal. Habría que ser muy simple para creer que basta con oír a los doctores de su partido para conocer las razones del partido contrario. ¿Dónde están los teólogos que hagan gala de buena fe? ¿Dónde aquellos que para refutar las razones de sus adversarios no empiezan por debilitarlas? Cada cual brilla en su partido, pero hay quien entre los suyos está muy orgulloso de sus pruebas y que haría el papel de necio con esas mismas pruebas entre gentes de otro partido. ¿Queréis instruiros en los libros? ¡Qué erudición hay que conseguir! ¡Cuántas lenguas hay que aprender, cuántas bibliotecas que hojear, qué inmensa lectura que hacer! ¿Quién me guiará en la selección? Difícilmente encontraremos en un país los mejores libros del partido contrario, y con mayor razón los de todos los partidos; y si se encontraran, pronto serían refutados. El ausente siempre se equivoca, y malas razones dichas con seguridad fácilmente borran las buenas expuestas con desprecio. Por otra parte, con frecuencia no hay nada más engañoso que los libros ni nada refleja menos fielmente<sup>28</sup> los sentimientos de quienes los han escrito. Cuando habéis querido juzgar sobre la fe católica por el libro de Bossuet, os habéis encontrado muy lejos del tema después de haber vivido entre nosotros. Habéis visto que la doctrina con que se responde a los protestantes no es la que se enseña al pueblo, y que el libro de Bossuet apenas se parece a las enseñanzas del púlpito. Para juzgar bien a una religión, no hay que estudiarla en los libros de sus sectarios, hay que ir a aprenderla entre ellos; esto es muy diferente. Cada cual tiene sus tradiciones, sus sentidos, sus costumbres, sus prejuicios, que forman el espíritu de su creencia y que se ha de unir a ella para juzgarla.

¡Cuántos grandes pueblos no imprimen libros ni leen los nuestros! ¿Cómo juzgarán ellos nuestras opiniones? ¿Cómo juzgaremos nosotros las suyas? Nosotros nos burlamos de ellos, ellos nos desprecian<sup>29</sup>, y si nuestros viajeros los ridiculizan, para devolvernos ese ridículo no tienen que hacer otra cosa que viajar entre nosotros. ¿En qué país no hay gentes sensatas, gentes de buena fe, honradas gentes amigas de la verdad que para profesarla no buscan más que conocerla? Sin embargo, cada cual la ve en su culto y encuentra absurdos los cultos de las demás naciones. Así pues, esos cultos extranjeros no son tan extravagantes como nos parecen, o la razón que encontramos en los nuestros no demuestra nada.

En Europa tenemos tres religiones principales. Una admite una sola revelación, otra admite dos, otra admite tres. Cada una de ellas detesta, maldice a las otras, las acusa de ceguera, de endurecimiento, de obstinación, de mentira. ¿Qué hombre imparcial se atreverá a juzgar entre ellas si primeramente no ha sopesado bien sus pruebas y escuchado sus razones? La que no admite más que una revelación es la más antigua y

---

<sup>28</sup> Corrección en el ejemplar C. por una mano desconocida: «Por otra parte, los libros nos engañan con frecuencia y no reflejan fielmente»...

<sup>29</sup> Nuevamente la mano desconocida del ejemplar C. suaviza el texto: «Nosotros nos burlamos de ellos, ellos se burlan de nosotros; ellos no saben nuestras razones, nosotros no sabemos las suyas, y si»...

parece la más segura; la que admite tres es la más moderna y parece la más consecuente; la que admite dos y rechaza la tercera, bien puede ser la mejor pero tiene contra ella todos los prejuicios: la inconsecuencia salta a la vista<sup>30</sup>.

En las tres revelaciones, los libros sagrados están escritos en lenguas desconocidas para los pueblos que las siguen. Los judíos no entienden ya el hebreo, los cristianos no entienden ni el hebreo ni el griego, ni los turcos ni los persas entienden el árabe, y los árabes modernos mismos no hablan ya la lengua de Mahoma. ¿No es ésa una forma muy simple de instruir a los hombres, de hablarles siempre en una lengua que no entienden? Se dirá que estos libros se traducen; ¡bonita respuesta! ¿Quién me asegurará que estos libros están traducidos fielmente, y que incluso es posible que lo sean? Y cuando Dios hace tanto para hablar a los hombres, ¿por qué es menester que necesite de intérprete?

Nunca conoceré que lo que todo hombre está, obligado a saber se halle encerrado en unos libros, y que quien no tiene a su alcance esos libros ni gentes que los entiendan sea castigado por una ignorancia involuntaria. ¡Siempre libros! ¡Qué manía!

Porque Europa está llena de libros, los europeos los consideran indispensables, sin pensar que en las tres cuartas partes de la tierra jamás se han visto. ¿No han sido escritos por hombres todos los libros? ¿Cómo, pues, los necesitaría el hombre para conocer sus deberes y qué medios tenía de conocerlos antes de que esos libros fuesen hechos? O aprende sus deberes por sí mismo o está dispensado de saberlos.

Nuestros católicos hablan mucho de la autoridad de la Iglesia, pero ¿qué ganan con eso, si necesitan tan gran aparato de pruebas para establecer esa autoridad, como otras sectas para establecer directamente su doctrina? La Iglesia decide que la Iglesia tiene derecho a decidir. ¿No es ésa una autoridad bien probada? Salid de ella y volvéis a entrar en todas nuestras discusiones.

¿Conocéis a muchos cristianos que se hayan tomado la molestia de examinar con cuidado lo que el judaísmo alega contra ellos? Si algunos han visto algo es en los libros de los cristianos. ¡Bonita manera de instruirse en las razones de sus adversarios! Pero ¿cómo hacer? Si alguien osara publicar entre nosotros libros que favorecieran abiertamente al judaísmo, castigaríamos al autor, al editor, al librero [M]. Esta policía es cómoda y segura para tener siempre razón. Siempre agrada refutar a gentes que no se atreven a hablar.

Quienes de entre nosotros tienen oportunidad de conversar con judíos apenas adelantan más. Los desaventurados se sienten a nuestra discreción; la tiranía que respecto a ellos se ejerce los vuelve temerosos; saben cuán poco le cuestan la injusticia y la crueldad a la caridad cristiana; ¿qué osarán decir sin exponerse a hacernos gritar contra el blasfemo? La codicia nos presta el celo, y ellos son demasiado ricos para no tener la culpa. Los más sabios, los más esclarecidos son siempre los más circunspectos. Convertiréis algún miserable pagado para calumniar a su secta; haréis hablar a unos viles ropavejeros que cederán para halagaros; triunfaréis de su ignorancia o de su cobardía mientras sus doctores sonrían en silencio ante vuestra inepticia. Pero ¿creéis que en lugares en que se sientan seguros sería tan fácil tratar con ellos? En la Sorbona es claro como el día que las predicciones del Mesías se refieren a Jesucristo. Entre los rabinos de Amsterdam es igual de claro que no tienen la menor relación con él. Nunca creeré haber oído bien las

---

<sup>30</sup> En la comparación de las religiones judía, cristiana y musulmana, sigue Rousseau un tópico de los apologistas desde la Edad Media, pero invierte las preferencias: frente a la cristiana, proclamada siempre como la mejor por el pensamiento occidental, Rousseau sólo elogia -parcialmente y con empleo del condicional- las otras dos.

razones de los judíos mientras no tengan un Estado libre, escuelas, universidades donde puedan hablar y disputar sin riesgo. Sólo entonces podremos saber lo que tienen que decir.

En Constantinopla los turcos dicen sus razones, pero nosotros no osamos decir las nuestras; allí nos toca a nosotros someternos. Si los turcos exigen de nosotros hacia Mahoma, en el que no creemos, el mismo respeto que exigimos hacia Jesucristo de los judíos que tampoco creen en él, ¿se equivocan los turcos? ¿Tenemos nosotros razón? ¿Mediante qué principio equitativo resolveremos este problema?

Las dos terceras partes del género humano no son ni judíos, ni mahometanos, ni cristianos, y ¿cuántos millones de hombres no han oído hablar nunca de Moisés, de Jesucristo ni de Mahoma? Se niega esto, se afirma que nuestras misiones van por todas partes. Eso se dice pronto: pero ¿van al corazón de Africa, todavía desconocida, y donde jamás europeo alguno ha penetrado hasta ahora? ¿Van a la Tartaria mediterránea<sup>31</sup> a seguir a caballo a las hordas ambulantes, a las que jamás ningún extranjero se acerca y que lejos de haber oído hablar del papa a duras penas conocen al gran lama? ¿Van a los continentes inmensos de América, donde naciones enteras aún no saben que pueblos de otro mundo han puesto los pies en el suyo? ¿Van al Japón donde sus malas artes les han hecho expulsar para siempre, y donde sus predecesores no son conocidos por las generaciones que nacen sino como intrigantes taimados, venidos con celo hipócrita a apoderarse suavemente del Imperio? ¿Van a los harenes de los príncipes de Asia a anunciar el Evangelio a millares de pobres esclavos? ¿Qué han hecho las mujeres de esa parte del mundo para que ningún misionero pueda predicarles la fe? ¿Irán todas al infierno por haber sido recluidas?

Aun cuando fuese cierto que el Evangelio se anuncia por toda la tierra, ¿qué ganaríamos? La víspera del día en que el primer misionero llegó a un país, con toda seguridad murió alguien que no pudo oírle. Decidme, ¿qué haremos con ése? Si en todo el universo no hubiera más que un solo hombre al que nunca se le haya predicado a Jesucristo, la objeción sería tan fuerte para ese único hombre como para la cuarta parte del género humano.

Cuando los ministros del Evangelio se han hecho oír de los pueblos remotos, ¿qué les han dicho que pueda admitirse razonablemente sobre su palabra, y que no exija la más escrupulosa comprobación? Me anunciáis un dios nacido y muerto hace dos mil años en la otra punta del mundo en no sé qué pequeña aldea, y me decís que todos los que no hayan creído en ese misterio serán condenados. Son ésas cosas muy extrañas para creerlas tan rápidamente por la sola autoridad de un hombre al que no conozco. ¿Por qué vuestro Dios hizo que ocurriesen tan lejos los acontecimientos que pretendía obligarme a conocer? ¿Es un crimen ignorar lo que pasa en los antípodas? ¿Puedo yo adivinar que en otro hemisferio ha habido un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalén? ¡Sería como obligarme a saber lo que se hace en la luna! Vos venís, según decís, a enseñármelo; pero, ¿por qué no vinisteis a enseñárselo a mi padre? ¿O por qué condenáis a ese buen viejo por no haber sabido nunca nada? ¿Debe ser castigado eternamente por vuestra pereza, él, que era tan bueno, tan bienhechor, y que no buscaba más que la verdad? Obrad de buena fe; luego poneos en mi sitio: ved si por vuestro solo testimonio debo creer todas las increíbles cosas que me decís y conciliar tantas injusticias con el Dios justo que me anunciáis. Dejadme, por favor, ir a ver ese lejano

---

<sup>31</sup> En su primera acepción: «Dícese de lo que está rodeado de tierra. Dícese de lo que está en el interior de un territorio». [Diccionario de la Academia, que coincide con el *Dictionnaire critique*, de Féraud (1787-1788)].

país donde se realizan tantas maravillas inauditas en éste<sup>32</sup>; dejadme que vaya a saber por qué los habitantes de esa Jerusalén trataron a Dios como a un bandido. Según decís, no lo reconocieron ellos por Dios. ¿Qué haré yo, pues, yo, que jamás he oído hablar de él salvo a vos? Añadís que fueron castigados, dispersados, oprimidos, esclavizados, que ninguno de ellos se acerca ya a la misma ciudad. Seguramente merecieron todo eso; pero los habitantes de hoy, ¿qué dicen del deicidio de sus predecesores? Lo niegan, tampoco reconocen a Dios por Dios. Lo mismo daba, pues, dejar los hijos de los otros<sup>33</sup>. Pero ¡cómo! En esa misma ciudad en que Dios murió ni los antiguos ni los nuevos habitantes lo han reconocido, y queréis que yo lo reconozca, yo, que nací dos mil años después a dos mil leguas de allí. ¿No veís que antes de que yo preste fe a ese libro que vos llamáis sagrado y del que no entiendo nada, debo saber por personas distintas a vos cuándo y por quién fue hecho, cómo se conservó, cómo ha llegado hasta vos, lo que dicen en el país mediante razones quienes lo rechazan aún sabiendo tan bien como vos todo lo que me enseñáis? Ya veis que es totalmente necesario que yo vaya a Europa, a Asia, a Palestina, para examinar todo por sí mismo; sería menester que estuviera loco para escucharos antes de ese momento.

Tal discurso no sólo me parece razonable, sino que sostengo que todo hombre sensato, en caso semejante, debe hablar así y rechazar lejos al misionero que, antes de la verificación de las pruebas, se apresure a instruirle y a bautizarle<sup>34</sup>. Y yo sostengo que no hay revelación contra la que objeciones idénticas no tengan tanta o más fuerza que contra el cristianismo. De donde se sigue que si no hay más que una religión verdadera y si todo hombre está obligado a seguirla so pena de condenación, hay que pasar la vida estudiándolas todas, profundizándolas, comparándolas, recorriendo los países donde se hallan establecidas; nadie está exento del primer deber del hombre, nadie tiene derecho a fiarse del juicio de otros. El artesano que sólo vive de su trabajo, el labrador que no sabe leer, la joven delicada y tímida, el enfermo que apenas puede salir de su cama, todos sin excepción deben estudiar, meditar, disputar, viajar, recorrer el mundo: ya no habrá ningún pueblo fijo y estable; la tierra entera no estará cubierta más que por peregrinos que caminan con grandes gastos y con muchas fatigas para verificar, comparar, examinar por sí mismos los diversos cultos que se siguen. Y entonces, adiós a los oficios, a las artes, a las ciencias humanas y a todas las ocupaciones civiles: ya no puede haber otro estudio que el de la religión; quien haya gozado de la salud más robusta, quien mejor haya empleado su tiempo, quien, mejor haya usado de su razón y vivido más años, a duras penas sabrá a su vejez a qué atenerse, y mucho será que antes de su muerte sepa en qué culto habría debido vivir.

¿Queréis mitigar ese método, y dar la menor posibilidad a la autoridad de los hombres? Al instante le cedéis todo, y si el hijo de un cristiano hace bien siguiendo sin un examen profundo e imparcial la religión de su padre, ¿por qué el hijo de un turco haría mal siguiendo igualmente la religión del suyo? Desafío a todos los intolerantes del mundo a responder a esto con algo que satisfaga a un hombre sensato.

---

<sup>32</sup> Rousseau mitiga la redacción primera de este pasaje: «Dejadme, por favor, ir a ver ese maravilloso país donde las vírgenes paren, donde los dioses nacen, viven, comen, sufren y mueren» (*Emile*, manuscrito Favre, O.C., Pléiade, pág. 230).

<sup>33</sup> P. Burguelin explica esta frase: «La argumentación final queda algo sutil: si los judíos contemporáneos de Jesús no lo tuvieron por Dios, sus hijos tampoco lo tienen; con mayor motivo los hijos de los paganos deben permanecer ajenos a este asunto».

<sup>34</sup> Voltaire anota al margen de su ejemplar del *Émile*: «Todo este razonamiento se halla, palabra por palabra, en el *Poeme de la religion naturelle* y en el *Épître á Uranie*». El Vicario recurre a las fórmulas de Voltaire en su defensa de un deísmo racionalista.

Forzados por estas razones, unos prefieren hacer a Dios injusto y castigar a los inocentes por el pecado de su padre antes que renunciar a su bárbaro dogma. Otros salen del apuro enviando atentamente un ángel para instruir a todo el que, en una ignorancia invencible, habría vivido moralmente bien<sup>35</sup>. ¡Vaya invención la de ese ángel! No contentos con someternos a sus maquinaciones, ponen al mismo Dios en la necesidad de emplearlas.

Ved, hijo mío, a qué absurdidad llevan el orgullo y la intolerancia cuando todos quieren abundar en su opinión y creer que tienen razón exclusivamente sobre el resto del género humano. Tomo por testigo a ese Dios de paz que yo adoro y que os anuncio, de que todas mis búsquedas han sido sinceras; mas viendo que no tenían ni nunca tendrían éxito y que me abismaba en un océano sin orilla, volví sobre mis pasos y mantuve mi fe en mis nociones primitivas. Nunca he podido creer que Dios me ordenara, so pena del infierno, ser tan sabio. Por tanto cerré todos los libros. Sólo hay uno abierto a todos los ojos, el de la naturaleza. Es en ese grande y sublime libro donde aprendo a servir y adorar a su divino autor: nadie tiene excusa de no leer en él, porque habla a todos los hombres una lengua inteligible por todos los espíritus. Aun cuando hubiera nacido en una isla desierta, aun cuando no hubiera visto ningún hombre más que yo, aun cuando jamás hubiera sabido lo que antiguamente ocurrió en un rincón del mundo, si ejerzo mi razón, si la cultivo, si empleo bien unas facultades inmediatas que Dios me da, aprendería por mí mismo a conocerle, a amarle, a amar sus obras, a querer el bien que él quiere, y a cumplir para agradarle todos mis deberes sobre la tierra. ¿Qué más me enseñará todo el saber de los hombres?

Respecto a la revelación, si yo fuera mejor razonador o estuviera mejor instruido, tal vez sentiría su verdad, su utilidad para quienes tienen la dicha de reconocerla; pero si en su favor veo pruebas que no puedo rebatir, también veo contra ella objeciones que no puedo resolver. Hay tantas razones sólidas a favor y en contra que, no sabiendo a qué decidirme, ni la admito ni la rechazo; rechazo sólo la obligación de reconocerla, porque esa obligación pretendida es<sup>36</sup> incompatible con la justicia de Dios, y porque, lejos de eliminar con ello los obstáculos a la salvación, los hubiera multiplicado, los hubiera hecho insuperables para la mayor parte del género humano. Salvo en eso, en este punto me mantengo en una duda respetuosa. No tengo la presunción de crearme infalible: otros hombres han podido decidir lo que me parece indeciso, yo razono por mí y no por ellos: no los censuro ni los imito, su juicio puede ser mejor que el mío, pero no es culpa mía si ése no es el mío.

También os confieso que la majestad de las Escrituras me sorprende, que la santidad del Evangelio habla a mi corazón. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son al lado de ése! ¿Es posible que sea obra de los hombres un libro a la vez tan sublime y tan sencillo? ¿Es posible que aquél cuya historia hace no sea más que un hombre? ¿Es ése el tono de un entusiasta o el de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia conmovedora en sus enseñanzas! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de ánimo, qué finura y qué precisión en sus respuestas! ¡Qué dominio sobre sus pasiones! ¡Dónde está el hombre, dónde el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin debilidad ni

---

<sup>35</sup> Con *unos*, Rousseau alude a los teólogos que admiten la doctrina del pecado original, doctrina considerada siempre injusta por el autor del *Contrato social*. Los *otros*, apuntan directamente a Santo Tomás de Aquino.

<sup>36</sup> En el ejemplar C., de mano desconocida, en vez de *es* figura: *me parece*, que Rousseau ya había incluido en M.

ostentación? Cuando Platón pinta a su justo imaginario <sup>[N]</sup> cubierto por todo el oprobio del crimen y digno de todos los premios de la virtud, pinta rasgo a rasgo a Jesucristo, el parecido es tan sorprendente que todos los Padres lo han percibido y es imposible engañarse en ese punto. ¡Qué prejuicios, qué ceguera no hay que tener para osar comparar el hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Muriendo sin dolor, sin ignominia, Sócrates sostiene fácilmente su personaje hasta el final, y si esa fácil muerte no hubiera honrado su vida dudaríamos de que Sócrates, con todo su ingenio, fuera otra cosa que sofista. Inventó, se dice, la moral. Otros antes que él la habían puesto en práctica, él no hizo más que decir lo que ellos habían hecho, no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Arístides había sido justo antes de que Sócrates hubiera dicho lo que era la justicia, Leónidas había muerto por su país antes de que Sócrates hubiera convertido en deber amar a la patria, Esparta era sobria antes de que Sócrates hubiera alabado la sobriedad. Antes de que él hubiera definido la virtud, Grecia abundaba en hombres virtuosos. Pero entre los suyos, ¿de dónde había sacado Jesús esa moral elevada y pura de la que sólo él dió las lecciones y el ejemplo <sup>[O]</sup>? Del seno del más furioso fanatismo se hizo oír la más alta sabiduría, y la sencillez de las más heroicas virtudes honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos es la más dulce que se pueda desear; la de Jesús expirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido por todo un pueblo es la más horrible que se pueda temer; al tomar la copa envenenada Sócrates bendice a quien se la presenta y que llora; en medio de un suplicio horroroso, Jesús ruega por sus encarnizados verdugos. Sí, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios<sup>37</sup>. ¿Diremos que la historia del Evangelio ha sido inventada a capricho? Amigo mío, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo es dejar de lado la dificultad sin destruirla; que varios hombres concertados hubieran fabricado ese libro sería más inconcebible que el que uno solo haya proporcionado material para él. Jamás hubieran encontrado unos autores judíos ni ese tono ni esa moral, y el Evangelio posee caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más digno de admiración que el héroe. Con todo, ese mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, cosas que repugnan a la razón y que es imposible a cualquier hombre sensato concebir ni admitir. ¿Qué hacer en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre modesto y circunspecto, hijo mío; respetar en silencio lo que no podría rechazarse ni comprenderse, y humillarse ante el gran Ser que es el único en saber la verdad.

He ahí el escepticismo involuntario en que he permanecido; pero ese escepticismo apenas me resulta penoso, porque sólo se extiende a los puntos esenciales en la práctica, y porque estoy completamente decidido sobre los principios de todos mis deberes. Sirvo a Dios en la sencillez de mi corazón. No trato de saber más que lo que importa a mi conducta; en cuanto a los dogmas que no influyen ni sobre las acciones ni sobre la moral, y por los que tantas personas se atormentan no me preocupo para nada. Miro todas las religiones particulares como otras tantas instituciones salutíferas que prescriben en cada país una manera uniforme de honrar a Dios mediante un culto público, y que pueden tener, todas, sus razones en el clima, en el gobierno, en el genio del pueblo, o en alguna otra causa local que hace a una preferible a otra según los tiempos y los lugares. Creo buenas a todas cuando se sirve a Dios convenientemente: el

---

<sup>37</sup> Esta frase era un desafío al partido de los filósofos. Voltaire la anota al margen de su ejemplar: «¿Qué es la muerte de un dios?», y critica la fórmula en una carta del 5 de enero de 1767 al abate d'Olivert. Véase la extensa anotación de P. Burgelin a este pasaje (*O.C.*, Pléiade, tomo III, págs. 1588-1592).

culto esencial es el del corazón. Dios no rechaza su homenaje, cuando es sincero, sea la que fuere la forma en que se le ofrezca. Llamado, en la que yo profeso, al servicio de la Iglesia, cumplo en ella con toda la exactitud posible las obligaciones que me son prescritas, y mi conciencia me reprocharía que faltara voluntariamente a ellas en algún punto. Tras una larga suspensión sabéis que obtuve, por mediación de M. de Mellarede<sup>38</sup>, el permiso de volver al ejercicio de mis funciones para ayudarme a vivir. En otro tiempo yo decía misa con la ligereza que a la larga se pone en las cosas más serias cuando se hacen con demasiada frecuencia. A partir de mis nuevos principios la celebro con más veneración: me convenzo de la majestad del Ser supremo, de su presencia, de la insuficiencia del espíritu humano que tan poco concibe lo que se refiere a su autor. Pensando que yo le dirijo los votos del pueblo en una forma prescrita, me concentro en todos los ritos cuidadosamente; recito con atención, me aplico para no omitir nunca ni la menor palabra ni la menor ceremonia; cuando me acerco al momento de la consagración, me recojo para hacerla con todas las disposiciones que exige la Iglesia y la grandeza del sacramento; trato de aniquilar mi razón ante la suprema inteligencia; me digo: ¿quién eres tú para medir el poder infinito? Pronuncio con respeto las palabras sacramentales, y doy a su efecto toda la fe que de mí depende. Sea lo que fuere de ese misterio inconcebible, no temo ser castigado el día del juicio por haberlo profanado nunca en mi corazón.

Honrado con el ministerio sagrado, aunque en el último rango, nunca haré ni diré nada que me vuelva indigno de cumplir mis sublimes deberes. Predicaré siempre la virtud a los hombres, siempre los exhortaré a obrar bien, y mientras pueda les daré ejemplo. Sólo a mí me corresponderá hacerles amable la religión; sólo a mí me corresponderá afirmar su fe en los dogmas verdaderamente útiles y que todo hombre está obligado a creer: pero ojalá nunca quiera Dios que les predique el dogma cruel de la intolerancia, ojalá nunca los induzca yo a detestar a su prójimo, a decir a otros hombres: vosotros seréis condenados <sup>[P]</sup>. Si ocupase un rango más notable, esa reserva podía granjearme preocupaciones; pero soy demasiado pequeño para tener mucho que temer y apenas puedo caer más bajo de lo que estoy. Pase lo que pase, no blasfemaré contra la justicia divina ni mentiré contra el Espíritu Santo<sup>39</sup>.

Hace tiempo ambicioné el honor de ser párroco; todavía lo ambiciono pero ya no lo espero. Amigo mío, no encuentro nada tan hermoso como ser párroco. Un buen párroco es un ministro de bondad como un buen magistrado es un ministro de justicia. Un párroco nunca tiene que hacer el mal; si no siempre puede hacer el bien personalmente, siempre está en su sitio cuando él lo solicita, y con frecuencia lo logra cuando sabe hacerse respetar. ¡Oh, si alguna vez tuviera yo que servir en algún pobre curato de buenas gentes en nuestras montañas! Sería dichoso, porque me parece que haría la dicha de mis feligreses. No los haría más ricos, pero compartiría su pobreza; les evitaría la deshonra y el desprecio, más insoportable que la indigencia. Les haría amar la concordia y la igualdad que a menudo expulsan la miseria y siempre la hacen soportable. Cuando vieran que yo no sería mejor que ellos en nada y que sin embargo viviría contento, aprenderían a consolarse de su suerte y a vivir contentos como yo. En mis enseñanzas me vincularía menos al espíritu de la Iglesia que al espíritu del Evangelio donde el

---

<sup>38</sup> Ministro de Estado del rey de Cerdeña, que nos remite al abate Gaime, preceptor de los príncipes sardos, como personaje real para el Vicario. Véase *supra*, pág. 353.

<sup>39</sup> Los estudiosos han observado la rareza de esta experiencia: «*mentir contra*». «*El contra* -anota P. Burgelin- ¿es una contaminación de lo que le precede? » Para Masson, la frase significaría: «no me negaré a la inspiración del Espíritu Santo, es decir, a la voz divina de la conciencia» (*Profession de foi*, ed. cit., pág. 425).

dogma es sencillo y la moral sublime, donde se ven pocas prácticas religiosas y muchas obras de caridad. Antes de enseñarles lo que hay que hacer, me esforzaría siempre por practicarlo, a fin de que comprendiesen que cuanto les digo lo pienso. Si tuviera protestantes en mi vecindad o en mi parroquia, no haría diferencias entre ellos y mis verdaderos feligreses en cuanto atañe a la caridad cristiana; induciría a todos por igual a amarse entre sí, a mirarse como hermanos, a respetar todas las religiones y a vivir en paz cada cual en la suya. Pienso que incitar a alguien a abandonar aquella en que ha nacido es incitarle a obrar mal y por tanto a hacerse daño a sí mismo. A la espera de mayores luces mantengamos el orden público; respetemos en todo país las leyes, no perturbemos el culto que prescriben, no induzcamos a los ciudadanos a la desobediencia; porque no sabemos con certeza si es un bien para ellos abandonar sus opiniones por otras, y sabemos con total seguridad que es un mal desobedecer las leyes.

Joven amigo, acabo de recitaros, por mi propia boca, mi profesión de fe tal como Dios la lee en mi corazón: sois el primero a quien la he hecho; sois el único quizá a quien se la haré nunca. Mientras subsista alguna creencia buena entre los hombres no hay que perturbar a las almas pacíficas ni alarmar la fe de los simples con unas dificultades que no pueden resolver y que les inquietan sin iluminarlos. Pero cuando todo se conmociona, una vez, debe conservarse en el tronco a expensas de las ramas; las conciencias agitadas, inseguras, casi apagadas, y en el estado en que he visto la vuestra, necesitan ser afirmadas y despertadas, y para asentarlas de nuevo en la base de las verdades eternas, hay que acabar de arrancar los pilares flotantes en los que todavía piensas que se sostienen.

Estáis en la edad crítica en que el espíritu se abre a la certidumbre, en que el corazón recibe su forma y su carácter y en que uno se decide para toda la vida sea para bien, sea para mal. Más tarde, la substancia se endurece y las nuevas impresiones no dejan huella. Joven, recibid en vuestra alma todavía flexible el sello de la verdad. Si yo estuviera más seguro de mí mismo, habría adoptado con vos un tono dogmático y decisivo; pero soy hombre, ignorante, sujeto a error, ¿qué podría hacer? Os he abierto mi corazón sin reserva; lo que tengo por seguro os lo he dado por tal; os he dado mis dudas por dudas, mis opiniones por opiniones; os he dicho mis razones para dudar y para creer. A vos corresponde ahora juzgar: os habéis tomado tiempo; esa precaución es prudente y me hace pensar bien de Vos. Comenzad por poner vuestra conciencia en condiciones de querer ser esclarecida. Sed sincero con vos mismo. De mis sentimientos, apropiaos de aquello que os haya persuadido, rechazad lo demás. No estáis aún lo bastante depravado por el vicio como para correr el riesgo de escoger mal. Yo os propondría intercambiar nuestras opiniones; pero tan pronto como se discute uno se acalora; la vanidad y la obstinación se entrometen, desaparece la buena fe. Amigo mío, no disputéis nunca; porque con la disputa ni uno mismo ni los demás salen ilustrados. En cuanto a mí, me he decidido sólo tras muchos años de meditación: a esa determinación me atengo, mi conciencia está tranquila, mi corazón contento. Si quisiera recomenzar un nuevo examen de mis sentimientos, no llevaría a él un amor más puro por la verdad, y mi espíritu, ya menos activo, estaría en peores condiciones para conocerla. Seguiré siendo como soy, por miedo a que insensiblemente, convirtiéndose el gusto por la contemplación en una pasión ociosa, me vuelva tibio en el ejercicio de mis deberes, y por miedo también a caer en mi primer pirronismo sin volver a encontrar la fuerza para salir de él. Ha transcurrido más de la mitad de mi vida, tengo ya más tiempo que el que necesito para aprovechar el resto y borrar mis errores con mis virtudes. Si me equivoco es a pesar mío. Aquél que lee en el fondo de mi corazón sabe bien que no amo mi ceguera. Impotente para librarme de ella por mis propias luces, el único medio que me queda para salir de ahí es una buena vida, y si de las mismas piedras puede Dios suscitar

hijos a Abraham<sup>40</sup> todo hombre tiene derecho a esperar ser iluminado cuando se vuelve digno de ello.

Si mis reflexiones os llevan a pensar como pienso, que mis sentimientos sean los vuestros y que ambos tengamos la misma profesión de fe; he ahí el consejo que os doy. No expongáis más vuestra vida a las tentaciones de la miseria y de la desesperación, no la arrastréis más con ignominia a merced de los extranjeros, y cesad de comer el vil pan de la limosna. Volved a vuestra patria, recobrad la religión de vuestros padres, seguidla en la sinceridad de vuestro corazón y no la abandonéis más; es muy sencilla y muy santa, de todas las religiones que hay sobre la tierra me parece aquella cuya moral es más pura y cuya razón contenta más. En cuanto a los gastos del viaje, no os preocupéis, ya se proveerá. No temáis, tampoco, la vergüenza mal entendida de un regreso humillante; hay que ruborizarse por cometer una falta y no por repararla. Estáis todavía en la edad en que todo se perdona, pero en la que ya no se peca impunemente. Cuando queráis escuchar vuestra conciencia, mil vanos obstáculos desaparecerán a su voz. Sentiréis que en la incertidumbre en que estamos es una presunción inexcusable profesar otra religión que aquella en la que se ha nacido, y una falsedad no practicar sinceramente la que se profesa. Si nos extraviamos, nos privamos de una gran excusa en el tribunal del soberano juez. ¿Acaso no perdonará más el error en que uno fue criado que el error que uno mismo se atrevió a elegir?

Hijo mío, conservad vuestra alma en situación de desear siempre que haya un Dios y nunca dudaréis de él. Además, sea cual fuere el partido que podáis adoptar, pensad que los verdaderos deberes de la religión son independientes de las instituciones de los hombres, que un corazón justo es el verdadero templo de la divinidad, que en cualquier país y secta amar a Dios por encima de todo y al prójimo como a uno mismo es el sumario de la ley, que no hay religión que dispense de los deberes de la moral, que éstos son los únicos verdaderamente esenciales, que el culto interior es el primero de esos deberes, y que sin la fe no existe ninguna verdadera virtud.

Huid de aquellos que so pretexto de explicar la naturaleza siembran en los corazones de los hombres desoladoras doctrinas y cuyo escepticismo aparente es cien veces más afirmativo y más dogmático que el tono decidido de sus adversarios. Bajo el arrogante pretexto de que sólo ellos son esclarecidos, verdaderos portadores de buena fe, nos someten imperiosamente a sus decisiones tajantes y pretenden darnos como verdaderos principios de las cosas los ininteligibles sistemas que ellos han edificado en su imaginación. Además, derribando, destruyendo, pisoteando cuanto los hombres respetan, quitan a los afligidos la última consolación de su miserias, a los poderosos y a los ricos el único freno a sus pasiones, arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bienhechores del género humano. Jamás perjudica la verdad a los hombres, dicen<sup>41</sup>: lo creo como ellos, y ésa es, a mi entender, una prueba decisiva de que lo que ellos enseñan no es la verdad [Q].

Buen joven, sed sincero y auténtico sin orgullo, sabed ser ignorante, no os engañéis ni a vos ni a los demás. Si alguna vez vuestros talentos cultivados os ponen en situación de hablar a los hombres, no les habléis nunca sino según vuestra conciencia, sin

---

<sup>40</sup> Mateo, III, 9: «Y no se os ocurra decir dentro de vosotros: tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que poderoso es Dios para hacer surgir de estas piedras a hijos de Abraham». El versículo, sin apenas variantes, está también en Lucas, III, 8.

<sup>41</sup> Alusión contra el abate de Fleury y Helvecio: «Nada es más útil que esclarecer a los hombres. *Las luces filosóficas*, dice el señor abate de Fleury, *jamás pueden perjudicar*». (*De l'Esprit*, II, 19).

preocuparos de si os han de aplaudir. El abuso del saber produce incredulidad. Todo sabio desdeña el sentimiento vulgar, cada cual quiere tener uno propio. La orgullosa filosofía lleva a la incredulidad como la devoción ciega al fanatismo. Evitad esos extremos. Permaneced siempre firme en la vía de la verdad, o de lo que os parece que lo es en la sencillez de vuestro corazón, sin apartaros nunca de ella por vanidad ni por debilidad. Atreveos a confesar a Dios entre los filósofos; atreveos a predicar humanidad a los intolerantes. Tal vez seáis el único de vuestro partido; pero llevaréis en vos mismo un testimonio que os dispensará de los testimonios de los hombres. Que os amen u os odien, que lean o desprecien vuestros escritos, no importa: decid lo que es verdad, haced lo que está bien; lo que importa al hombre es cumplir sus deberes en la tierra, y olvidándose de uno es como se trabaja para sí. Hijo mío, el interés particular nos engaña; sólo la esperanza del justo no engaña<sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> Con esta llamada a la discreción en el saber concluye la «Profesión de fe».

## Notas del autor

---

**A** Las relaciones de M. de la Condamine nos hablan de un pueblo que sólo sabía contar hasta tres. Sin embargo, los hombres que formaban ese pueblo tenían manos y habían contemplado a menudo sus dedos sin poder contar hasta cinco\*.

\* En su *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique meridionale* (París, 1745), La Condamine habla de la lengua de los yameos y de la lengua «brasileña», que no pasan del número 3.

**B** Este reposo sólo es, si se quiere, relativo; pero dado que observamos el más y el menos en el movimiento, concebimos con toda claridad uno de los dos términos extremos, que es el reposo, y lo concebimos con tal nitidez que incluso nos sentimos inclinados a tomar por absoluto el reposo que no es más que relativo. Ahora bien, no es verdad que el movimiento sea la esencia de la materia, si ésta puede concebirse en reposo.

**C** Los químicos consideran el flogisto\*\* o el elemento del fuego como disperso, inmóvil y estancado en los mixtos de que forma parte, hasta que causas extrañas lo desprenden, lo reúnen, lo ponen en movimiento y lo convierten en fuego.

\*\* Flogisto: principio imaginado por Sthal en el siglo XVIII para explicar los fenómenos caloríficos, y que suponía que formaban parte de la composición de todos los cuerpos, desprendiéndose de ellos durante la combustión.

El fuego, según las *Institutions chymiques* de Rousseau, es un cuerpo, principio de toda fluidez. Y los mixtos son «toda substancia formada por el concurso de dos o más principios que por su unión no forman más que un único todo» (*Institutions chymiques*, I, 2. Anuales. J. J. Rousseau, tomo XII, pág. 30).

**D** He hecho todos los esfuerzos de que soy capaz para concebir una molécula viviente, sin poder lograrlo. La idea de la materia sintiente sin tener sentidos me parece ininteligible y contradictoria; para adoptar o rechazar esa idea habría que empezar por comprenderla, y confieso que yo no tengo esa suerte.

**E** Si no se tuviera la prueba, ¿se creería que la extravagancia humana pudiera ser llevada hasta ese punto? Amatus Lusitanus aseguraba haber visto un hombrecillo de una pulgada encerrado en un vaso que Julius Camillus, cual otro Prometeo, había hecho mediante la ciencia alquímica. Paracelso, *De natura rerum*, enseñó la forma de producir esos hombrecillos, y sostiene que los pigmeos, los faunos, los sátiros y las ninfas fueron engendrados por la química. En efecto, no veo que en adelante quede algo que hacer para establecer la posibilidad de esos hechos, como no sea afirmar desde ahora que la materia orgánica resiste el ardor del fuego, y que sus moléculas pueden conservarse con vida en un hornillo reverbero.

**F** Me parece que, lejos de decir que las rocas piensan, la filosofía moderna ha descubierto por el contrario que los hombres no piensan. En la naturaleza no admite más que seres sensitivos, y toda la diferencia que encuentra entre un hombre y una piedra es que el hombre es un ser sensitivo que tiene sensaciones y la piedra un ser sensitivo que no las tiene. Pero, si es cierto que toda materia siente, ¿dónde concebiría yo la unidad sensitiva o el yo individual? ¿Será en cada molécula de materia, o en los cuerpos agregativos? ¿Situaré de igual modo esa unidad en los fluidos y en los sólidos, en los mixtos y en los elementos? Se dice que en la naturaleza no hay más que individuos, pero ¿cuáles son esos individuos? ¿Es un solo ser sensitivo, o contiene tantos como granos de arena? Si cada átomo elemental es un ser sensitivo, ¿cómo concebiré yo esa íntima comunicación por la que el uno se siente en el otro, de suerte que sus dos *yo* se confundan en uno? La atracción puede ser una ley de la naturaleza cuyo misterio nos es desconocido; pero al menos concebimos que la atracción que actúa según las masas no tiene nada incompatible con la extensión y la divisibilidad. ¿Concebís lo mismo del sentimiento? la partes sensibles son extensas pero el ser sensitivo es indivisible y uno; no se reparte, es todo entero o nulo: el ser sensitivo no es pues un cuerpo. No sé cómo lo entienden nuestros materialistas, pero me parece que las mismas dificultades que les han hecho rechazar el pensamiento deberían hacerles rechazar también el sentimiento, y no veo por qué, una vez dado el primer paso, no habían de dar el segundo. ¿Les costará más? Y puesto que están seguros de que no piensan, ¿cómo osan afirmar que sienten?

**G** *Non pas pour nous, non pas por nous, Seigneur. Mais pour ton nom, mais por ton propre honneur. O Dieu! fais-nous revivre!* (Ps. 115\*).

---

\* Rousseau toma el Salmo 115 de la traducción del Salterio ginebrino de 1698: «No por nosotros, no por nosotros, Señor, sino por tu nombre, sino por tu propio honor, / oh Dios, haznos revivir».

**H** La filosofía moderna, que sólo admite lo que ella explica, se guarda de admitir esa oscura facultad llamada *instinto* que sin ningún conocimiento adquirido parece guiar a los animales hacia algún fin. Según uno de nuestros más sabios filósofos, el instinto no es más que un hábito privado de reflexión, pero adquirido al reflexionar, y de la forma en que explica este progreso debe concluirse que los niños reflexionan más que los hombres; paradoja demasiado extraña como para que merezca la pena examinarla. Sin entrar aquí en esa discusión, pregunto qué nombre debo dar al ardor con que mi perro hace la guerra a los topos que no come, a la paciencia con que los acecha a veces horas enteras, y a la habilidad con que los atrapa, los saca fuera de la tierra en el momento en que se asoman, y los mata luego para dejarlos allí, sin que nunca nadie le haya adiestrado en esta caza, ni le hayan informado de que allí había topos. También pregunto, y esto es más importante, por qué la primera vez que amenacé a ese mismo perro, se echó al suelo de espaldas, con las patas replegadas, en una actitud suplicante y la más propia para conmovirme; postura en la que se hubiera guardado mucho de permanecer si, sin dejarme ablandar, le hubiera golpeado en ese estado. ¡Cómo! Mi perro, muy pequeño todavía y casi recién nacido, ¿había adquirido ya ideas morales, sabía lo que eran clemencia y generosidad? ¿Con qué luces adquiridas esperaba calmarme abandonándose así a mi discreción? Todos los perros del mundo hacen poco más o menos lo mismo en igual caso, y no afirmo nada que cada cual no pueda verificar. Que los filósofos, que rechazan tan despectivamente el instinto, tengan a bien explicar este hecho por el solo juego de las sensaciones y de los conocimientos que éstas nos hacen adquirir; que lo expliquen de una manera satisfactoria para cualquier hombre sentato; entonces ya no tendré nada que decir, y no hablaré de instinto.

**I** Esto es, en mi opinión, lo que el buen Vicario podría decir actualmente al público\*.

\* El público al que se alude es el mismo de la quinta Carta de la montaña: «Considerad el estado religioso de Europa en el momento en que yo publiqué mi libro, y veréis que era más que probable que fuera acogido en todas partes. La religión, desacreditada en todos los países por la filosofía, había perdido su ascendente sobre el pueblo» (Lettres écrites de la montagne, O. C., t. DI, pág. 802).

**J** «*Todos afirman, dice un sacerdote bueno y sabio\*\*, que la tienen y la creen (y todos usan esta jerga), y no de los hombres ni de criatura alguna, sino de Dios.*

*Pero, a decir verdad, sin adular ni ocultar nada, no es así digan lo que quieran, las reciben de manos y medios humanos; testimonio primeramente: la manera en que las religiones fueron recibidas en el mundo y lo son todavía a diario por los particulares; la nación, el país, el lugar da la religión; se es de aquella que tienen el lugar donde uno ha nacido y ha sido educado: somos circuncidados, bautizados, judíos, mahometanos, cristianos antes de que sepamos que somos hombres, la religión no es de nuestro arbitrio y elección; testimonio después: la vida y las costumbres que tal mal concuerdan con la religión; testimonio que por ocasiones humanas y muy ligeras va contra el contenido de su religión» (Charron, *De la sagesse*, L. II, cap. 5, pag. 257. Edición de Bordeaux, 1601).*

Es muy de suponer que la sincera profesión de fe del virtuoso teologal de Condom no hubiera diferido mucho de la del Vicario saboyano.

\*\* Una de las variantes del manuscrito alude al «sacerdote bueno y sabio» completando la definición con «católico romano». Porque el hecho de que Charron fuera sacerdote católico daba mayor valor a la observación.

**K** Esto es formal en mil lugares de la Escritura, y entre otros en el *Deuteronomio*, capítulo XIII, donde se dice que si un profeta que anuncia dioses extranjeros confirma sus discursos mediante prodigios y que lo que predice ocurre, lejos de tener con él alguna consideración debe ejecutarse a ese profeta. Por tanto, cuando los paganos mataban a los apóstoles que les anunciaban un Dios extranjero y les probaban su misión mediante predicciones y milagros, no veo nada sólido que objetarles que no pudiesen volver contra nosotros al momento. Ahora bien, ¿qué se puede hacer en tal caso? Una sola cosa: volver al razonamiento y dejar los milagros. Más hubiera valido no recurrir a ellos. He ahí el sentido común más simple, que sólo se oscurece a fuerza de distinciones cuando menos sutilísimas. ¡Sutilezas en el cristianismo! Pero ¿se equivocó Jesucristo al prometer el reino de los cielos a los simples? ¿Se equivocó al iniciar el más hermoso de sus discursos felicitando a los pobres de espíritu si era necesario tanto ingenio para entender su doctrina y para aprender a creer en él? Cuando me hayáis probado que debo

---

someterme, todo irá muy bien; pero para probármelo ponedlos a mi alcance; medid vuestros razonamientos por la capacidad de un pobre de espíritu, o en caso contrario deo de reconocer en vos al verdadero discípulo de vuestro maestro, y no es su doctrina lo que me anunciáis\*.

\* Tanto la alusión al Deuteronomio (XIII), como las objeciones de los paganos proceden de las *Dissertations* de Dom Calme!

**L** Cuenta Plutarco que los estoicos, entre otras extravagantes paradojas, sostenían que en un juicio contradictorio era inútil oír a las dos partes; porque, decían, o el primero ha probado sus palabras, o no las ha probado. Si las ha probado, no tiene razón y debe ser desestimada su demanda. En mi opinión, el método de todos los que admiten una revelación exclusiva se parece mucho al de estos estoicos. Cuando cada cual pretende tener razón él sólo, para elegir entre tantos partidos hay que escucharlos a todos, o se es injusto\*\*.

\* \* Plutarco, *Disputas de los filósofos estoicos*, 7.

**M** Entre mil hechos conocidos he aquí uno que no necesita comentario, En el siglo XVI, habiendo condenado los teólogos católicos al fuego todos los libros de los judíos? sin distinción, el ilustre y docto Reuclin, consultado sobre este asunto, se granjeó enemistades terribles a punto estuvieron de perderle, sólo por opinar que podían conservarse aquellos de estos libros que no contuvieran nada contra el cristianismo, y que trataban materias indiferentes a la religión\*\*\*.

\* \*\* Johannes Reuclin (1455-1522) fue el padre de la filología hebraica en Alemania; además de varios textos filológicos sobre rudimentos lingüísticos, acento y ortografía, estudió los textos talmúdicos y la *cúbala*. Cuando, en 1509, un judío converso, Pfeffenkorn, apoyado por los dominicos de Colonia, obtuvo autorización del emperador Maximiliano par destruir los libros judaicos, Reuclin entabló una violenta polémica (1511) con Hochstratten, prior de los dominicos de Colonia e Inquisidor.

**N** *De Rep.*, Dial. 2.

**O** Ved en el discurso de la montaña el paralelismo que él mismo establece entre la moral de Moisés y la suya (*Mat. c. 5, V, 21 y ss.*).

**P** El deber de seguir y de amar la religión del país propio no alcanza hasta los dogmas contrarios a la buena moral como el de la intolerancia. Es este dogma horrible el que arma a los hombres unos contra otros y los hace a todos enemigos del género humano. La distinción entre la tolerancia civil y la tolerancia teológica es pueril y vana. Estas dos tolerancias son inseparables y no puede admitirse la una sin la otra. Ni siquiera los ángeles vivirían en paz con unos hombres a los que mirasen como los enemigos de Dios.

**Q** Los dos partidos se atacan recíprocamente con tantos sofismas que sería empresa inmensa y temeraria querer anotarlos todos; ya es mucho indicar algunos a medida que se presentan. Uno de los más familiares al partido filosofista \* consiste en oponer un supuesto pueblo de buenos filósofos a un pueblo de malos cristianos; ¡como si un pueblo de verdaderos filósofos fuera más fácil de hacer que un pueblo de verdaderos cristianos! No sé si entre los individuos es más fácil de encontrar el uno que el otro; pero sí sé que, desde el momento en que se trata de pueblos, hay que suponer que abusarán de la filosofía sin religión, como los nuestros abusan de la religión sin filosofía, y a mi entender esto cambia mucho el estado de la cuestión.

Bayle ha demostrado muy bien que el fanatismo es más pernicioso que el ateísmo, y es irrefutable; pero lo que ha omitido decir, y que no es menos cierto, es que el fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es sin embargo una pasión grande y fuerte que eleva el corazón del hombre, que le hace despreciar la muerte, que le da una energía prodigiosa, y que no hay sino que dirigirlo mejor para sacar de él las más sublimes virtudes; mientras que la irreligión y en general el espíritu razonador y filosófico apega a la vida, afemina, envilece las almas, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, en la abyección del *yo* humano, y zapa casi, casi en silencio, los verdaderos fundamentos de toda sociedad, porque lo que los intereses particulares tienen en común es tan poca cosa que nunca compensará lo que tienen de opuesto. Si el ateísmo no hace verter la sangre de los hombres es menos por amor a la paz que por indiferencia hacia el bien; vayan las cosas como vayan, poco le importa al pretendido sabio con tal que él permanezca tranquilo en su gabinete. Sus prinipios no hacen matar a los hombres, pero les impiden nacer destruyendo las costumbres que los multiplican, separándolos de su especie, reduciendo todas sus afecciones a un secreto egoísmo tan funesto para la población como para la virtud. La indiferencia filosófica se parece a la tranquilidad del Estado bajo el despotismo; es la tranquilidad de la muerte; es más destructiva que la guerra misma.

Así, el fanatismo, aunque más funesto en sus efectos inmediatos que lo que hoy se denomina espíritu filosófico, lo es mucho menos en sus consecuencias. Por otra parte, es muy cómodo hacer ostentación de

---

hermosas máximas en libros, pero la cuestión consiste en saber si esas máximas concuerdan con la doctrina, si derivan necesariamente de ella, y esto, es lo que hasta ahora no parece claro. Todavía queda por saber si la filosofía, a placer y sobre el trono, refrenaría bien la vanagloria, el interés, la ambición, las pequeñas pasiones del hombre, y si practicaría esa humildad tan dulce que nos pondera con la pluma en la mano\* . \*

Por sus principios, la filosofía no puede hacer ningún bien que la religión no haga todavía mejor; y la religión hace muchos que la filosofía no podría hacer.

En cuanto a la práctica, es otra cosa; pero hay que examinarlo. Ningún hombre sigue en todo punto su religión cuando tiene una, cierto. Los más apenas la tienen y no siguen en nada la que tienen, también esto es verdad; pero, en fin, algunos tienen una, la siguen al menos en parte, y es indudable que motivos de religión les impiden con frecuencia obrar mal y obtienen de ellos virtudes, acciones loables que no se habrían producido sin esos motivos.

Si un fraile niega un depósito, ¿qué se sigue sino que se lo había confiado un necio? Si Pascal hubiera negado uno, esto probaría que Pascal, era un hipócrita, y nada más. ¡Pero un monje!... ¿Son acaso las gentes que trafican con la religión quienes la tienen? Todos los delitos que se comenten en el clero, como en otras partes, no prueban que la religión sea inútil, sino que poquísimas gentes tienen religión.

Nuestros gobiernos modernos deben sin duda alguna al cristianos su más sólida autoridad y sus revoluciones menos frecuentes; los ha vuelto a ellos mismos menos sanguinarios; esto se demuestra comparándolos con los gobiernos antiguos. La religión mejor conocida, descartando el fanatismo, ha dado más suavidad a las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, porque doquiera han brillado la humanidad no ha sido más respetada; las crueldades de los atenienses, de los egipcios, de los emperadores de Roma, de los chinos lo atestiguan. ¡Cuántas obras de misericordia son cosa del Evangelio! ¡Cuántas restituciones y reparaciones no ha obligado a hacer la confesión entre católicos! Cuando se acercan las épocas de la comunión, ¿cuántas reconciliaciones y limosnas no producen entre nosotros? El jubileo de los hebreos\*\*\*, ¿cuán menos ávidos volvía a los usurpadores, cuántas miserias no prevenía! La fraternidad legal unía a toda la nación, no se veía un mendigo entre ellos, tampoco se ve entre los turcos donde son innumerables las fundaciones pías. Son, por principio de religión, hospitalarios incluso con los enemigos de su culto.

Los mahometanos dicen, según Chardin, que tras el examen que ha de seguir a la resurrección universal, todos los cuerpos irán a pasar un puente llamado Poul-Serrho, lanzado por encima del fuego eterno, puente al que, según dicen, puede llamarse el tercer y último examen y el verdadero juicio final, porque es en él donde se hará la separación de los buenos y los malos,... etc.

«Los persas, prosigue Chardin, están muy infatuados de ese puente, y cuando alguien sufre una injuria de la que no puede alcanzar satisfacción por ningún medio y en ningún tiempo, su último consuelo es decir: *Bueno, por Dios vivo que me lo pagarás el doble en el último día; no pasarás el Poul-Serrho si antes no me das satisfacción; me agarraré al faldón de tu ropa y me arrojaré a tus piernas*. He visto muchas gentes eminentes, y de toda clase de profesiones que, al saber que se gritaría así: *haro* cuando pasaran ese punto temible, solicitaban a quienes tenían queja de ellos que los perdonasen; a mí mí mismo me ocurrió cien veces. Gentes de calidad que por indelicadeza me habían obligado a hacer gestiones que de otro modo yo no hubiese querido, me abordaban al cabo de cierto tiempo cuando pensaban que el pesar ya había pasado y me decía: *Por favor, halal bécon anchisra*, es decir: *Haz que este asunto sea lícito o justo*. Algunos incluso me hicieron regalos y me prestaron servicios para que los perdonase, declarando que lo hacían de buen corazón; cuya causa no es otra que esa creencia de que no pasará el puente del infierno quien no haya devuelto hasta el último céntimo a quienes se ha oprimido».. T. 7, in-12, pág. 50\*\*\*\*.

¿He de creer que la idea de este puente que repara tantas iniquidades no evita nunca ninguna? Si se quitase a los personas esta idea convenciéndoles de que no hay ni *Poul-Serrho* ni nada semejante donde los oprimidos sean vengados después de la muerte de sus tiranos, ¿no es evidente que esto los tranquilizaría mucho y los libraría del cuidado de aplacar a esos desgraciados? Es, pues, falso que esa doctrina no sea perjudicial; porque no sería la verdad.

Filósofo, tus leyes morales son muy hermosas, pero muéstrame por favor su sanción. Deja por un momento de divagar, y dime claramente lo que pones en lugar del *Poul-Serrho*.

\* *Philosophiste*, neologismo de época que designa a «ciertos falsos filósofos modernos», según el *Dictionnaire critique* de Féraud (1787-1788).

\* \* Bayle comparaba el ateísmo con la superstición y la idolatría, pero no con el fanatismo. En el Ensayo sobre el origen de las lenguas, Rousseau elogiaba, sin embargo, el fanatismo: «El fanatismo nos parece siempre risible, porque no tienen entre nosotros voz para hacerse

---

oír. Incluso nuestros fanáticos no son verdaderos fanáticos, no son más que bribones o locos» (ed. cil., cap. XI, pág. 82).

\* \* \* Sobre el año jubilar de los hebreos véase Levítico, XXV, 11-55. La alusión a la crueldad de los chinos apunta contra la admiración que filósofos como Voltaire y Helvecio sentían por ellos.

\* \* \* \* La larga cita de Chardin y el final de la nota van dirigidos contra Helvecio que, con ejemplos orientales, concluía en *De l'Esprit* (II, 24); «Todos estos ejemplos, y otros mil parecidos, prueban que la esperanza o el temor a las penas o los placeres temporales son tan eficaces y tan propios para formar hombres virtuosos como esas penas y esos placeres eternos que, considerados en la perspectiva del futuro, causan por lo general una impresión demasiado débil para sacrificar a ellos placeres criminales, pero presentes».

La cita procede del *Voyage de Monsieur la chevalier Chardin, en Perse, et autres lieux de l'Orient*.

*Poul-Serrho*: errata de la primera edición de *Les Voyages, par Poul-Serra*, transcripción que Chardin da de *Pul-i-Sirat*, término que significa 'Puente sobre el medio del camino'.